

Objetivo: residencia japonesa

Raúl Peñaranda U.

Página 4

Derechos reservados del autor.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso expreso del autor.

Primera edición: mayo de 1997

Segunda edición: junio de 1997

Tercera edición: junio de 1997

Página 5

Dedicatoria

A mi abuela, Ximena Lavín Ahumada

Página 6

En blanco

Página 7

Agradecimientos

A Fátima Molina, sin cuya ayuda este libro no hubiera sido posible.

Al congresista Carlos Blanco y al padre Juan Julio Wicht, que vivieron esta increíble historia, por ayudarme a reconstruirla.

A Ricardo Zelaya y María Elena Undurraga, por sus valiosas correcciones y sugerencias.

Página 8

Sumario

Capítulo 1. Madre Estoica

Capítulo 2. El MRTA

Capítulo 3. El Perú de Fujimori

Capítulo 4. Ideando la toma

Capítulo 5. Objetivo: residencia japonesa

Capítulo 6. Primeras liberaciones

Capítulo 7. Contando las horas
Capítulo 8. Amor guerrillero en el baño del embajador
Capítulo 9. Largo cautiverio
Capítulo 10. “¡Cállense maricones!”
Capítulo 11. “Oigo ruidos, son túneles”
Capítulo 12. Las tediosas negociaciones
Capítulo 13. Fútbol bendito, fútbol maldito
Capítulo 14. Operación Chavín de Huántar
Capítulo 15. Asalto militar
Fuentes utilizadas en la redacción de este libro
Lista de los 72 últimos rehenes

Página 9-10-11

Prólogo a la tercera edición (falta)

Páginas 13 y siguientes:

1. Madre estoica

Doña Felícita Cartolini no podía creer lo que sus ojos veían. En su pequeño departamento de la ciudad de Nantes, en el occidente de Francia, observaba la programación en directo de la cadena CNN, que le mostraba la residencia semiincendiada del embajador de Japón en Lima. Allí había permanecido su hijo durante 126 días como jefe del comando armado que mantuvo a decenas de rehenes.

Con el corazón deshecho, escuchó al locutor de CNN repetir insistentemente que Néstor Cerpa Cartolini había fallecido en el asalto militar, ese dramático martes 22 de abril de 1997.

Llamados telefónicos de sus familiares, desde Lima, le habían dado la noticia un poco antes, casi a las 12 de la noche, pero era imposible por entonces saber con exactitud si su hijo había muerto y cuál era el saldo total de fallecidos. No le quedó otra que creer en la muerte de su hijo cuando decenas de periodistas peruanos y del resto del mundo le confirmaban la noticia.

Lo primero que atinó fue a tratar de tranquilizar a sus nietos, Nestitor, de diez años, y Juan Carlos, de tres, que pese a la hora seguían despiertos sintiendo en el aire la tensión y el terror.

Doña Felícita, de 65 años, vive en Nantes, ciudad de 250.000 habitantes, desde 1988, bajo el estatus de refugiada política.

Pese a lo duro de la situación, mantuvo la calma, sobre todo tratando de no afectar aún más a los niños.

-“Abue, ¿es verdad que murió mi papá?”, preguntaba Nestitor insistentemente sin llegar a comprender realmente lo que estaba sucediendo.

-“Sí, m’hijito, sí, pero tienes a tu abuela y a todos tus tíos y amigos en Francia”.

El niño, al ver que su abuela no lloraba y mantenía la serenidad -más producto del shock que de la impavidez- decidió mantener también él la calma. Con el paso de las horas, y al comprender mejor la situación, Nestitor empezaría a llorar incansable, lenta y penosamente, pensando en su padre muerto y su madre presa con cadena perpetua, a la que no tiene permiso de visitar.

-“¿El me quería, abuela?”, preguntó el niño colocando su cara en el regazo de doña Felícita, que tenía un nudo en la garganta.

-“Sí, m’hijito, te adoraba, te amaba. A tí, a tu hermano, a tu mamá, a mí, a todos. Recuerda la carta que te llegó hace unos días. El te amaba y te sigue amando desde el cielo, donde está ahora”.

Efectivamente, la última carta que recibió de su padre, que le llegó a través de Monseñor Juan Luis Cipriani y de la Cruz Roja Internacional, decía que lo quería y que “pronto estarían juntos” con su madre y su abuela.

El niño tenía sentimientos confusos y encontrados. Por un lado, estaba perplejo ante la conmoción que se vivía en su hogar, con insistentes llamados telefónicos de periodistas de todas partes del globo y de amigos, familiares y simpatizantes del MRTA.

Pero además estaba profundamente atemorizado por lo que vendría más adelante. Y repitió para sí mismo lo que su abuela le decía siempre: “tú tienes que cuidar a tu hermano menor. Juan Carlitos es más chiquito que tú, tú serás como un padre para él. Debes ser un niño bueno”.

Y si Nestitor no comprendía -ni en ese momento ni en los siguientes días- lo que realmente le estaba pasando a su familia, tampoco lo comprendía su hermanito, tan inocente y desprotegido con sus tres escasos años.

También se sentía confundido. Su padre le había dicho en la carta que le habían entregado una semana antes que volvería a abrazar a su madre. Y esa era ahora una posibilidad mucho más lejana. Para pasar el tiempo, por un lado, y para reconfortarse, por el otro, decidió leer la carta de su padre :

Lima, 13 de abril de 1997

Mi querido y recordado hijito Néstor :

En principio te mando muchísimos abrazos para tí y tu hermanito , del mismo modo mis saludos cariñosos para tu Tata, la Abue, tus padrinos y resto de quienes hoy te rodean, los apoyan y protegen.

Nestitor, sé que recibiste mi cartita anterior y eso me da mucha alegría, no sé si en la comunicación con tu mamita hayas tenido la misma suerte, ojalá que sí y de esa manera por lo menos ahora siempre nos tengan presente.

Hijito, te cuento que el Monseñor Juan Luis Cipriani me ha mostrado la carta que le enviaste y la verdad, mi osito, me ha conmovido esa madurez de tus palabras y el deseo de tus sentimientos. Mira, yo te puedo decir que desde que nos conocimos con Monseñor Juan Luis Cipriani hemos aprendido a conocernos y considero que es una persona que está haciendo todo lo humanamente posible para buscar una solución buena como la que tú aspiras, entonces te digo, mi pequeño, que ha sido una gran idea de tu parte escribirle a él, es tu granito de arena para contribuir a una solución y además es algo de enorme importancia para mí porque comprendes perfectamente por qué ocurrió todo esto, créeme, ni yo ni tu mamita jamás olvidaremos este gesto de luchar por tus padres y tenerlos algún día nuevamente cerca, sobre todo a tu mamita porque ustedes como yo la necesitamos muchísimo.

Mi querido enano, antes de pasar a contarte otras cositas sólo quiero reiterarte que yo me encuentro bien y muy firme, siempre te dije que la solidaridad es la mayor virtud de los hombres y yo soy solidario con mis compañeros en prisión y especialmente solidario con tu mamita porque al ser solidario con ella lo soy con ustedes, porque la necesitan a su lado y no hay otra forma de sacarla de la cárcel, es cierto también que hay familias de las personas aquí retenidas por nosotros que sufren pero algún día tendrán que comprender que hay niños como ustedes que también sufren y las heridas podrán cerrarse. En conclusión, hijito, sigue confiando en mí, no los defraudaré jamás y si algún día salgo de esta residencia japonesa será porque conseguí lo que ustedes esperan y sueñan con que se haga realidad: tener a su mamita fuera de prisión y volver a verla, tocarla, jugar con ella y engreirse en sus brazos.

Bueno, mi enano, te cuento que en el fútbol no estamos muy bien, Ecuador nos empató aquí en Lima hace unas dos semanas, y nos restó posibilidades de ir al Mundial de Francia '98 (te imaginas cómo estará de contento el "novio" de María Elena por ese empate) claro que todavía falta mucho pero está bien difícil, bueno esperemos que Perú se recupere y pueda clasificar, sino aunque sea le harás la "barra brava" a otro equipo sudamericano porque como latinoamericano así tiene que ser, así que sigue no más ensayando con tus "bombos" para ir al estadio. En cuanto a la "U" tampoco está muy bien pero recién empieza el campeonato, ya veremos.

¿Dime allí ya eres hincha de algún equipo ?

Mi gordito, recibí las fotos y lo vi a usted, compadrito, rodeado de muchas niñas guapas "ñato de risa", sabes me dicen que a las francesitas les gustan los morenitos, así que en eso no vas a tener problemas pero, compadrito, todo a su tiempo, ahora son épocas de estudio y de aprender todo lo que se pueda y en el deporte.

Sabes, hemos improvisado una pequeña canchita de fulbito y tu papá está recordando sus buenos tiempos de cuando lo hacía con ustedes. Aquí hay muchos compañeros como tú, compadrito, o sea "superpicones": no les gusta perder. Yo les digo que cuando se pueda voy a

hacer que tu juegues con ellos y se arme un equipo que le pondremos “Sport Jalisco” (que nunca pierda) ¿te animas a integrar ese equipo?.

Bueno, hijito, corto aquí para escribirle unas líneas a tu hermanito. No te olvides si le escribes a tu mamita, le dices que la amo más que nunca y que recuerde la novela “Por quién doblan las campanas”, que yo seré el amigo Gregory en cualquier circunstancia. Saludos especiales a tu Tata y mi agradecimiento eterno, saludos y besos al resto de la familia. Te adora: tu papá.

Juan Carlitos:

Mi querido y recordado petiso ¿cómo estás? Me han dicho que ya comes toda tu comida y sabes pedir hacer pipí, que bien, así vas avanzando. Lo que sí no me cuentan es si todavía tienes la costumbre de a veces pegarle a tu hermanito, espero que no mi enanito, porque ustedes como hermanitos siempre deben estar muy unidos y obedientes de su Tata que ahora los guía. Todos esperamos pronto volvernos a ver y no te olvides mi querido enano de besar siempre la foto de tu mamita antes de dormir y así siempre te ayudará a que duermas tranquilo. Bueno, mi enanito, me despido, te adora, tu papá.

1150 kilómetros al noreste de la casa de doña Felícita, en Hamburgo, Isaac Velasco, el vocero del MRTA en Europa, con su ojo tuerto y aspecto de guerrero derrotado, contestaba con calma cada llamado, pero luego surgía en él la ira, el rencor, el odio. Una de las últimas posibilidades que tenía su organización de salir del estado de crisis en el que se encontraba acababa de fracasar de la manera más terrible e inesperada, bajo miles de balas y explosiones de un comando militar de altísima eficiencia.

Velasco, invidente, recibió esa noche llamadas de canales de televisión y periódicos de todo el mundo, y también hizo él mismo llamados a grupos de defensa de derechos humanos y civiles, sindicatos y organizaciones populares europeas, para que emitan comunicados en contra de la acción militar.

-“Tienes que decir que ha sido una masacre. Además, ya hay versiones de que algunos de los nuestros, sobre todo las dos mujeres, se rindieron”, decía, en su medio alemán y tercio inglés a sus interlocutores.

Velasco llamó nuevamente a doña Felícita, preocupado de su situación:

-“Estoy bien, no hago otra cosa que rezar”, le dijo la señora con la voz apagada.

Bien entrada la madrugada, cuando doña Felícita por fin hizo dormir a sus nietos, pudo encontrarse consigo misma y llorar amargamente, sin consuelo, encomendando el alma de su hijo, católica practicante como es, al Señor Jesucristo.

Desde su departamento en Nantes, que parece estancado en la década del 70 del Perú, con los muebles, los jarrones y hasta el olor peruanos de esa época, los pensamientos de doña Felícita se dirigían obsesivamente a la cárcel de alta seguridad de Yanamayo, en el altiplano peruano.

Buscaba encontrarse a la distancia con su nuera, Nancy Gilvonio, esposa de Cerpa y madre de

los dos niños. Nancy desconfiaba aún de la información que le acababan de entregar las guardias de seguridad, ese 22 de abril. Pensó que era una de las tantas bromas que le habían gastado durante su reclusión. ¡Imposible que hayan muerto todos los miembros del MRTA y sólo un rehén!, se dijo.

Gilvonio se obligaba a pensar en tiempos mejores, en la época en que ella y Cerpa vivían en Santa Cruz, Bolivia, en una pequeña casa con sus dos hijos. A Nancy le gustaba recordar el nacimiento de Juan Carlitos, en aquella tarde de sofocante calor cruceño.

Cerpa, alias comandante Huerta o Evaristo, usaba entonces el nombre de René Mita Calle y un carnet de identidad falso donde figuraba como nacido en Uyuni, Potosí. Vivía en la calle 24 de junio N° 131, en un lugar alejado del centro, en una pequeña casa de dos cuartos que alquilaba en 140 dólares mensuales.

Nancy recordaba que ella y su esposo viajaban periódicamente a La Paz, entre 1993 y 1994, para visitar en la cárcel al emeritista Dante Limaylla Guamán, alias “Ashaninka”, preso en el Penal de Chonchocoro desde 1990 a raíz del secuestro del empresario boliviano Jorge Lonsdale. Nancy figuraba como Rosa Mita Calle, hermana de René, y visitaba el Penal con Juan Carlitos recién nacido.

Pero luego pensaba nuevamente en los tiempos fatídicos. El retorno al Perú, el plan de tomar el Congreso peruano, su arresto. Lo más terrible de todo era haberle fallado a sus hijos, a quienes cuidaba sola en esa época porque Cerpa se había internado en la selva peruana.

Nancy fue detenida en 1995 en una lujosa casa de Lima junto a Miguel Rincón Rincón, entonces número uno del grupo. El apresamiento se produjo cuando el MRTA planeaba secuestrar al presidente del Consejo de Ministros, Dante Córdova, y asaltar el Congreso para exigir la liberación de sus jefes reclusos en cárceles de alta seguridad. Junto con Nancy y Rincón Rincón fueron capturados 19 miembros de la plana mayor del MRTA, entre ellos una estadounidense de familia acomodada y con estudios en la prestigiosa universidad MIT, Lori Berenson, de 27 años.

Meses después, en enero de 1996, los hijos de Nancy y Néstor partieron a Francia para vivir con su abuela en Nantes, ayudados por organismos de derechos humanos.

2. El MRTA

Perú es un hermoso país de 1.280.000 kilómetros cuadrados, propietario de una de los territorios más diversos que hay en el mundo. Con 24 millones de habitantes, en Perú hay desde nieves eternas hasta selvas impenetrables, pasando por mares azules y embravecidos, mal llamados del “Pacífico”. Tiene también desiertos, valles, altiplanos, bosques y lagos, conformando un paraíso natural que alberga a decenas de miles de especies de flora y fauna. Varias de las montañas más

altas del mundo están en la sierra peruana, especialmente Huascarán, de 6.768 metros de altitud, así como el río que da origen al Amazonas.

Es también cuna de casi todas las más importantes culturas precolombinas de Sud América, que han dejado para la humanidad un legado invaluable en los campos de la cerámica, la arquitectura, la escultura, la religión, la agricultura, la lengua.

El Perú dio a luz además al esclarecido Inca Pachacutec, que en pocos años convirtió a su pueblo en uno de los más extensos imperios del mundo antiguo, considerado por algunos historiadores como uno de los más importantes gobernantes de todos los tiempos.

Antes de los Incas, sin embargo, se desarrollaron en Perú importantes culturas, como Chavín de Huántar, Moche, Chimú y Nazca, cuyos hijos construyeron ciudades con templos, observatorios astronómicos, sistemas de riego, vías de comunicación y centros de atención médica.

En tiempos más recientes, Perú ha dado también al mundo importantes poetas, novelistas, ideólogos, científicos y deportistas, que han dejado su huella en cada una de las actividades que han desarrollado.

Pero es también el país de los inmensos contrastes sociales. Exceptuando a Bolivia, Perú es el último país de Sud América según indicadores sociales como mortalidad infantil, desnutrición, falta de educación, etc., sufriendo además un desempleo abierto en 1997 del 8.5 por ciento y un subempleo (es decir que produce ingresos insuficientes para adquirir una canasta básica), del 46.5 por ciento.

La pobreza y la presencia de los líderes guerrilleros fueron la combinación perfecta para que se enraícen en esta nación un masivo movimiento guerrillero y terrorista, que provocó la muerte de 25.000 personas, la mitad de ellas causadas por la subversión y la otra por los efectivos militares y policiales.

La tradición de las clases acomodadas del Perú de no desear ver su rostro rural e indígena causó tales abismos entre los peruanos, que ni la reforma agraria ni la nacionalización del petróleo, bajo el gobierno de Juan Velasco Alvarado (1968-1975), lograron reducir los rencores y grandes diferencias entre los distintos sectores del país. A la pobreza y la habilidad guerrillera se sumó entonces el racismo y la desconfianza entre peruanos, en el proceso que daría origen al terrorismo, en 1980, cuando Abimael Guzmán fundó el grupo Sendero Luminoso.

El MRTA fue creado en 1983 con la idea de ser el brazo armado de un creciente movimiento de masas de apoyo a la Izquierda Unida, liderizada por Alfonso Barrantes. Los ideólogos del MRTA consideraban que Barrantes llegaría a la presidencia pero que las Fuerzas Armadas se enfrentarían a éste, por lo que había que fundar un movimiento armado que se oponga a esa eventualidad.

El MRTA nació también con la idea de “darle validez” a la lucha guerrillera, por considerar que Sendero Luminoso la estaba deslegitimando con los asesinatos indiscriminados de campesinos y

muerte de población civil inocente. El MRTA se propuso hacer un movimiento guerrillero, no terrorista.

Uno de los que ideaba la creación del movimiento era Víctor Alfredo Polay Campos, recordado como amigo leal y extrovertido en su época colegial y como un tenaz *boy scout*, donde siempre fue líder de grupo. Nació el 6 de abril de 1952 y cuando niño se lo recuerda por su admiración al personaje Ivanhoe, a quien imitaba en sus juegos infantiles con sus hermanos Otilia, Victoria y Víctor Julio.

Al concluir el colegio, en 1969, se matriculó en la universidad Garcilazo de la Vega de Lima para estudiar sociología. Siendo hijo de uno de los fundadores del partido aprista (Víctor Polay Risco), se incorporó a la juventud del APRA y participó en las manifestaciones universitarias que se producían contra el régimen del presidente militar Juan Velasco Alvarado. Fue miembro del grupo "picuy ricu" (los que ven todo, en quechua), supervisado por Víctor Raúl Haya de la Torre, que le tenía alta estima. Fue becado a Costa Rica, en vista de sus buenos resultados universitarios, y visitó también México, Centro América y Estados Unidos. Volvió a Lima en 1970 y se reintegró a la juventud aprista, de la que era dirigente. Retomó su participación en las protestas y fue detenido en 1971 y mantenido seis meses en prisión. Finalmente fue liberado por ser menor de edad. Tenía 19 años. Preocupada por el clima político que vivía su país, en el que la dictadura del general Velasco Alvarado no tenía visos de concluir, su madre, Otilia Campos, lo convenció para que se vaya a estudiar a Europa, lo que hizo en 1973, llegando primero a la Universidad de Madrid. Un año después parte a París, donde se matricula paralelamente en las carreras de Economía y Sociología, titulándose de ambas en 1980. En la Universidad de París estudia a Marx y Lenin y llega a la conclusión que los graves problemas sociales y económicos por los que atraviesa su país sólo pueden ser solucionados a través de la creación de un movimiento guerrillero, que permita el accionar fluido de los partidos de izquierda para, como objetivo final, subvertir el orden.

Junto a Néstor Cerpa Cartolini y Miguel Rincón Rincón, fundó, al retornar a Perú en 1983, el MRTA, en recuerdo de Tupac Amaru II, el nombre del indígena José Manuel Condorcanqui, descendiente directo por línea materna del soberano inca de la primera época de la conquista del Perú, Tupac Amaru I. Amaru II se alzó contra la corona española en 1780. Apresó y ejecutó al corregidor Arriaga, pero tras varias batallas entre indígenas y tropas leales, Amaru y sus tropas fueron derrotados y asesinados en abril de 1781.

Polay Campos y Rincón Rincón empezaron a fines de 1983 a idear la conformación de su grupo guerrillero y analizaron sus posibilidades y el reclutamiento de nuevos miembros. Ambos tenían un gran respeto por un ex dirigente obrero, de religión católica, Néstor Cerpa Cartolini, un año menor que ellos. Cerpa Cartolini había sido secretario general del sindicato que organizó la toma de la fábrica de textiles Cromotex, en diciembre de 1978, en Lima, muy aplaudida por la izquierda radical. La toma había durado 37 días, hasta que finalmente la fábrica fue recuperada por las fuerzas policiales, el 4 de febrero de 1979. Usando armas de fuego, la Policía mató a

seis obreros, entre ellos a Hemigidio Huerta, el secretario ejecutivo de la fábrica, e hirió a otros 60 en la refriega. Huerta era el mejor amigo de Cerpa, además de su guía y maestro. Su muerte lo marcaría para siempre. 18 años después Cerpa no había olvidado a su amigo Huerta. Por ello, como un póstumo homenaje, utilizó el nombre de “comandante Huerta” en el asalto del MRTA a la residencia del embajador japonés en Lima en 1996.

Cerpa, que tenía 25 años en el momento de la toma de la fábrica, pasó 10 meses preso por su participación en ese hecho. Al ser excarcelado, militó en el grupo marxista Unidad Democrática Popular, que abandonó en 1983 cuando aceptó la invitación de Polay Campos y Rincón Rincón para fundar el MRTA.

Cerpa resultó un militante ideal para el MRTA. De carácter tímido, sus amigos lo recuerdan como un muchacho que, enamorado de Nancy Gilvonio Conde, no se atrevía a sacarla a bailar en las fiestas. Sin embargo, en el plano de la lucha era decidido y arrojado y aprendió con destreza a utilizar armas y explosivos. Cerpa formó parte del “Batallón América”, una escuela de guerrilleros que operaba en las selvas colombianas y donde se entrenaron insurgentes de Perú, Bolivia, Chile y Ecuador.

Al principio, en septiembre de 1983, el grupo efectuó ataques a intereses estadounidenses, que comenzaron con un asalto armado a la residencia de los marines de la embajada norteamericana en Lima, disparándole desde un lugar cercano.

Empezaron a desarrollar su trabajo en las áreas suburbanas de Lima, hasta que Cerpa fue detenido en 1985, acusado de subversión. Fue liberado un poco más tarde por falta de pruebas. Desde entonces los líderes del MRTA se internaron en la selva peruana central y nororiental, donde empezaron su trabajo de adoctrinamiento, entrenamiento y toma de localidades. En 1987 el MRTA tomó pacíficamente cuatro ciudades en la selva nororiental del Marañón: Juanjui, Lamas, Soritor y Yurimaguas.

En los siguientes años, pese a su interés en no cometer asesinatos, el grupo cayó en ello, por ejemplo con el caso del empresario David Ballón, primero secuestrado y luego asesinado por el MRTA. El resto de sus secuestros concluyó con la devolución con vida del plagiado.

El MRTA secuestró también a uno de los dueños de la cadena de televisión Panamericana, Edgar Delgado Parker, quien era consejero del Presidente Alan García. Durante el secuestro, murió el chofer y el guardaespaldas de Delgado Parker resultó gravemente herido. Otros secuestrados del MRTA fueron el español Juan Antonio Onrrubia y el empresario de ascendencia japonesa Raúl Iraoca.

En febrero de 1989, Polay Campos fue detenido en un hotel de la provincia andina de Huancayo, 315 kilómetros al este de Lima. En ese mismo hotel se encontraba el general Enrique López Albuja, Ministro del Interior, a quien deseaba secuestrar.

Después de la detención de Polay Campos, Cerpa siguió maquinando el secuestro o asesinato de López Albuja, quien fue finalmente abatido por 15 balazos en el interior de su automóvil, en una transitada avenida de Lima, el 9 de enero de 1990.

El general era acusado por el MRTA de haber ordenado la matanza de Los Molinos, cuando 61 tupacamaristas murieron en manos del Ejército cuando se proponían tomar una localidad selvática.

1990 fue un buen año para el MRTA. Seis meses después del atentado al ex ministro, Polay Campos y otros 46 emeritistas fugaron de la cárcel limeña de Canto Grande, considerada hasta entonces la más segura de Perú. La fuga se produjo a través de un túnel que se construyó desde el exterior. Uno de los prófugos fue Eduardo Cruz Sánchez (Tito), que el 17 de diciembre de 1996 tomaría junto con Cerpa la residencia del embajador japonés en Lima.

Pero los años por venir serían más difíciles para el terrorismo. En abril de 1992, el Presidente Fujimori daba un golpe de estado para dar comienzo a una hábil y persistente acción de inteligencia contra los líderes de la subversión. El primero en caer, en septiembre de 1992 y para sorpresa del mundo entero, fue Abimael Guzmán, el frío y escurridizo líder de Sendero Luminoso. Sendero es recordado como uno de los grupos terroristas más sanguinarios de la historia de la región. Un mes después, en octubre de 1992, cae Polay Campos y varios otros dirigentes del MRTA. Polay fue retenido en la cárcel de Yanamayo, en las cercanías de Puno, y, un año después transportado a la base naval de Castro Castro en Lima. Producto de los golpes que recibió, Polay Campos sufrió la fractura de una clavícula, que nunca, en los años siguientes, le fue revisada por un médico. En abril de 1993 fue condenado a cadena perpetua junto con su lugarteniente Peter Cárdenas. Posteriormente, numerosos militantes del MRTA se acogieron a una ley de arrepentimiento promulgada por el gobierno.

Después del golpe de estado de 1992, la batalla empezó a ser ganada por el Estado y el terrorismo se batió en retirada.

Pero la guerra no había terminado. Cuando se lo daba por derrotado, el MRTA irrumpió en Lima el 18 de noviembre de 1993, haciendo estallar una bomba en Miraflores, causando 15 heridos.

Los líderes eran Rincón Rincón y Cerpa Cartolini. Pero al MRTA le aguardaban todavía varios golpes: Rincón Rincón fue capturado en 1995 cuando planeaba secuestrar a Dante Córdova y asaltar el Congreso para exigir la liberación de los reclusos. Junto con él fueron capturados 20 miembros de la plana mayor del MRTA, entre ellos Lori Berenson y Nancy Gilvonio, esposa de Cerpa Cartolini.

3. El Perú de Fujimori

Abril es el mes de Fujimori: en ese mes, en 1984, fue elegido por primera vez rector de la Universidad Agrónoma; en abril de 1990 logró el inesperado segundo lugar en las elecciones presidenciales, dando así un paso fundamental para ser presidente en la segunda vuelta electoral; en abril de 1992 dio su famoso “autogolpe” con ayuda de las Fuerzas Armadas; en abril de 1995 fue reelegido presidente; en abril de 1997 puso sangriento fin a la toma de la residencia del embajador de Japón por parte del MRTA.

En esos abrils Fujimori ha dado los pasos más importantes para consolidar el régimen de mano dura que vive su país desde 1992.

Y si abril es el mes de Fujimori, es también el período fatídico para el MRTA: en abril de 1989 se produjo la matanza de Los Molinos; en abril de 1993, Polay Campos, fundador del MRTA y su máximo dirigente, fue confinado a una prisión militar a cadena perpetua; en abril de 1997 se acabaron las esperanzas de un triunfo político con la exitosa operación “Chavín de Huántar” en la residencia del embajador japonés en Lima.

La rigidez de Fujimori se explica en la etapa de demencia terrorista que vivió ese país en la década del ochenta. Después de un largo período de inestabilidad política y social, bajo el gobierno de Alberto Fujimori el Perú ha ingresado en una etapa de disciplina económica, siguiendo las recetas de un liberalismo a ultranza, que ha incluido el debilitamiento de los derechos laborales en todas las áreas.

El Perú de Fujimori ya no es un país en el que los ciudadanos están sobresaltados diariamente por la explosión de coches bomba o edificios íntegros, ni viven la pesadilla de la hiperinflación, que en 1990 era del 7000 por ciento anual y que él redujo sólo en un par de años a menos del diez por ciento, cifra que se mantiene hasta hoy. La moneda, el nuevo sol, tiene además una gran solidez y no se devalúa diariamente como a fines de los ochenta. Tampoco está en funcionamiento “la maquinita” para hacer billetes, por lo que el déficit fiscal está controlado, las inversiones van en aumento y el crecimiento está asegurado en rangos de entre el 4 y el 6 por ciento anual, superior al promedio latinoamericano.

Pero en el país hay también un galopante desempleo y subempleo, lo que provoca que más de la mitad de la población peruana no logre los recursos necesarios para satisfacer sus necesidades básicas y el proceso de ajuste ha implicado el despido de 300.000 personas.

El poder en el Perú de Fujimori se asienta sobre un trípode, cuya cabeza visible es él y las otras dos patas son el general Nicolás Hermosa, Presidente del Comando Conjunto de las FFAA y Comandante General del Ejército, y el invisible abogado Vladimiro Montesinos, Asesor Legal del Servicio de Inteligencia Nacional, con grandes poderes sobre la cúpula militar y con importante influencia en el nombramiento de jueces y fiscales.

Hermosa es el general que Fujimori puso como comandante general después de la *razzia* que realizó entre 1991 y 1992, antes de dar el golpe de Estado. Deseaba encontrar al militar

adecuado, dócil y sosegado, que no le pusiera obstáculos en sus planes de poder. Una vez que el general Hermosa asumió el cargo de comandante general, el golpe pudo ser realizado.

Hermosa, de todas formas, resultó toda una revelación. No era el borrego que todos esperaban y, con la fuerza que le dio dirigir los tanques y las metrallas, se ha encaramado en el poder del Perú de Fujimori.

La tercera pata, el mítico e impalpable Vladimiro Montesinos, es ojos y oídos del Presidente.

Por ser la cabeza de una fuerza de 4.000 hombres de inteligencia, los agentes encargados de la lucha contra el terrorismo. Jamás ha hecho una declaración pública.

Gracias a la audacia del canal 2 de televisión de Lima se logró difundir la declaración jurada de ingresos de Montesinos a la oficina de impuestos internos. No eran los 2500 soles (950 dólares) mensuales que había informado Fujimori, sino 77.000 dólares, ochenta veces más que la admisión presidencial y el triple de lo que gana el presidente del país más poderoso del planeta, Bill Clinton.

Su declaración de ingresos revela además que en enero de 1994 Montesinos ganaba 1500 dólares mensuales, suma que subió a 48.000 a diciembre de ese año. Pero hay más. En su calidad de asesor presidencial en el tema de seguridad, su trabajo es a dedicación exclusiva, por lo que no se llega a entender cómo es que gana 77.000 dólares mensuales. La minoría opositora en el Congreso ha tratado de que el gobierno explique esos ingresos, considerando además que Montesinos no dirige un bufete de abogados. La respuesta ha sido que se trata de un tema de “seguridad nacional” y que no se puede indagar sobre el tema.

Este asesor está vinculado al servicio de inteligencia desde 1990, cuando Fujimori lo tomó como abogado para que lo defienda de los ataques de defraudación fiscal que le estaban haciendo los *vargasllosistas* antes de la segunda vuelta electoral en su país. Allí empieza su relación. Montesinos urde el golpe antes de la elección. Fujimori acepta. Perú inaugura un gobierno autoritario.

Este influyente personaje ha barrido con todos. Dos personalidades que tenían mucha ascendencia sobre el presidente Fujimori, su hermano Santiago y el ex ministro de la presidencia Jaime Yoshiyama, aparente “delfín” del mandatario, entraron en contradicción con él y terminaron saliendo de escena. Santiago partió al exterior y Yoshiyama se retiró de la política.

Así, en este trípode, se asienta el poder peruano, donde la oposición ha sido estigmatizada a tal punto que no tiene líderes visibles ni chances electorales reales.

Mientras tanto, las medidas para afianzar a Fujimori en el poder están en un espiral ascendente. El Consejo Supremo de Justicia Militar está en una campaña para lograr la renuncia del Fiscal General de la Nación, Miguel Aljovín, mientras la mayoría oficialista del Congreso ha destituido a cuatro de los siete miembros del Tribunal Constitucional que votaron en contra de una segunda reelección de Fujimori.

Uno de los miembros del Tribunal Constitucional que votó en contra de la nueva reelección del presidente, Delia Revoredo, ha sido acusada “por coincidencia” -después de emitir su voto- de haber defraudado impuestos en la importación de un vehículo varios meses atrás. Revoredo, abogada prestigiosa y de familia acaudalada, corre el peligro de ir un año y medio a la cárcel. Lo curioso es que, junto a Revoredo, otras 77 personas importaron automóviles en la misma partida que Revoredo, pero ella es la única en ser acusada.

El Perú de Fujimori es también el país del “mundo al revés”. La agente del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), Leonor La Rosa, de 36 años, que denunció haber sido torturada por sus compañeros de trabajo en el sótano de la comandancia general del Ejército (denominada “pentagonito”), está en riesgo de ir por dos años a la cárcel, acusada de infidencia.

En marzo de 1997, La Rosa fue torturada y quemada en varias partes del cuerpo con un soplete y una pistola de soldar, que le provocó tres paros respiratorios, sufriendo por ello una semiparálisis corporal que soportará toda su vida. La Rosa fue acusada por sus compañeros de haber filtrado información a la prensa. En todo caso, su colega, la agente Mariella Barreto, tuvo menos suerte. Después de torturarlas a ambas, Barreto, de 28 años, no resistió y murió, siendo después degollada y cortados los pies y manos de su cuerpo, antes de ser abandonada en un lugar de Lima.

Los culpables fueron sentenciados a ocho años de cárcel.

Las agentes de inteligencia no han sido las únicas víctimas durante la crisis de los rehenes. Otros 38 campesinos de la selva central del Perú fueron detenidos en febrero acusados de pertenecer al comando “Santos Atahualpa” (el mismo que efectuó la toma de la residencia). Fueron torturados aplicándoseles electricidad en un turril lleno de agua en el que eran introducidos colgados de cabeza. Las mujeres fueron violadas. Después de varias semanas, los 38 detenidos fueron liberados sin acusación formal de la Policía.

Y el Perú de Fujimori es también el país del más estricto régimen penitenciario del mundo. Los internos por terrorismo (acusados o sentenciados), tienen que permanecer 23 horas y media al día en su celda, en penumbras. Sólo pueden salir media hora al día a un pequeño patio a recibir algo de sol. Los cuartos tienen incluido un hueco en el suelo por donde los internos e internas hacen sus necesidades de pie. Por una pequeña abertura en la puerta los guardias les entregan sus alimentos, sin contacto físico.

Reciben visitas sólo una vez al mes, durante media hora exacta y sólo de dos familiares directos. Nadie que no sea familiar directo puede visitarlos. Los hijos menores de edad pueden hacer una visita de media hora cada tres meses. Las visitas son por detrás de un vidrio y se habla con un micrófono. Está prohibido para los familiares abrazar o tocar a los reclusos. No tienen acceso a lectura, excepto la Biblia, ni a medios de comunicación. Se permite escribir o recibir cartas (que son leídas previamente por los guardias) una vez al mes.

Los 3800 acusados de terrorismo están reclusos en nueve cárceles de alta seguridad, que son: Picsi, Huacaris, El Milagro, Castro Castro, Huánuco, Huamancaca, Santa Mónica, Encoro y Yanamayo. Una décima cárcel, Challapalca, a más de 5.000 metros de altitud en la puna peruana, no está ocupada todavía.

Si el sistema penitenciario duro, lo es más el mecanismo de impartir justicia. Los juicios contra los terroristas son efectuados por jueces y fiscales “sin rostro”, que tienen asignado un número - siempre distinto- de varias cifras. El jurado, de tres miembros, da su veredicto en un juicio sumarísimo de aproximadamente 30 minutos. No se permite la palabra al acusado, que está en una sala, con la sola presencia de su abogado, sentado un metro delante de él, dándole la espalda. El acusado y su abogado solo ven una pared en la que hay un espejo horizontal largo, que en realidad es un vidrio por donde el jurado los observa. Casi en el cien por ciento de los casos, el jurado emite la sentencia solicitada por los fiscales sin rostro. Con este sistema de justicia se cometen muchos errores. Se calcula que 1000 de los 3800 reclusos por terrorismo son inocentes. Una comisión de “indulto” (lo que implica que quienes apelan a ésta admiten culpabilidad), conformada por un representante de Fujimori, por el defensor del pueblo y por el ministro de justicia, ya ha liberado a 110 personas, que resultaron ser inocentes y que pasaron en la cárcel incluso varios años.

Los siete dirigentes máximos del MRTA y Sendero Luminoso, entre ellos Guzmán, fundador de Sendero Luminoso, y Polay Campos, fundador del MRTA, tienen un tratamiento aún más duro. Están en cárceles subterráneas con una claraboya en el techo por donde ingresa algo de luz durante algunos minutos del día. Son las conocidas “celdas tumba”.

Una vez que el acusado es encontrado culpable, debe pasar todo el primer año de encierro sin visitas familiares, es decir en completo aislamiento, sin ver a ninguna persona.

Una de las detenidas en la cárcel de Yanamayo, a 3800 metros de altitud y con temperaturas de menos 10 grados centígrados en las noches, es Nancy Gilvonio, esposa de Cerpa Cartolini.

4. Ideando la toma

Agobiado y mortificado por la situación del MRTA, Cerpa dio los toques finales de lo que el esperaba que fuera el golpe más espectacular de su organización y que además logre liberar a Nancy. Amaba a su esposa cada día más y le parecía terrible estar separado de ella de esa manera. Era octubre de 1996 y los plazos para ejecutar su plan se reducían

Muchas veces, protegido por la inmensidad de la selva y rodeado de casi todas las especies vivientes del planeta, Cerpa se preguntaba si había conducido su vida por los caminos adecuados. Nancy en la cárcel con el más terrible sistema carcelario; sus dos hijos, Nestitor y Juan Carlos, en Nantes, Francia, con su abuela, sin padres que los cuiden y los guíen; él, en

medio de la selva, con ansiedad permanente. En su diario anotaba todas las noches el gran amor que sentía por Nancy y por sus hijos.

Los planes para lograr el rescate de Polay Campos y de otros líderes del MRTA los había iniciado en 1995 con Miguel Rincón Rincón, el entonces número uno del grupo. Los planes, sin embargo, fracasaron. La idea era que el MRTA tome el Congreso peruano a fines de 1995 y exigiera a cambio de la liberación de los congresistas, la excarcelación de la cúpula del MRTA. Los servicios de inteligencia, sin embargo, lograron descubrir el proyecto y detuvieron, en una vivienda de un barrio residencial de Lima, a Rincón Rincón, Nancy y Lori, además de otros 17 militantes de la organización.

Cuando pensaba en el planeamiento de la toma del Congreso no podía evitar dirigir sus pensamientos hacia Lori, que tan joven había optado por abandonar sus estudios en la prestigiosa y exclusiva universidad MIT de Boston y dejar todo el confort y la vida de lujos que vivía con sus padres Rhoda y Mark, profesores universitarios. Todo por ir a meterse a la selva amazónica peruana y estudiar, con un grupo de cuarentones golpeados por la vida, la forma de asaltar el Congreso peruano y tratar de liberar a personas que nunca había visto en su vida.

Pero su principal preocupación era su mujer. No soportaba imaginarla 23 horas y medio del día en una celda sin ventanas ni ventilación, con un hueco en el suelo para hacer sus necesidades, sin la visita de familiares. El gobierno sabía que le hacía un daño muy grande a quienes enviaba a las cárceles del interior, porque allí era más difícil que sus familiares los visitaran. Nancy estaba en la cárcel de Yanamayo en el extremo sur del país.

Fue interrumpido en sus pensamientos por Eduardo Cruz Sánchez, Tito, que le dijo que se había confirmado la llegada a Lima de las armas a ser utilizadas en el asalto a la residencia.

Camufladas en camiones cargados de frutas tropicales, las armas, incluido un lanzagranadas ruso RPG, habían eludido los controles, ya muy débiles, de los servicios de inteligencia. Todos daban por muerto al MRTA y eso les permitía moverse con más facilidad.

Cerpa repasó con Tito los detalles del plan. Confirmaron que solo ingresarían a la residencia 14 de ellos, para no poner en riesgo a más militantes en caso de que la acción fracasara. Además, con tan pocos militantes verdaderamente entrenados, era muy difícil pensar en aumentar el número. El lugarteniente de Cerpa, Roli Rojas Fernández, alias El Arabe, Tito y él conformarían la “plana mayor” del comando Santos Atahuallpa, que irrumpiría en la residencia. A ellos se sumaría Salvador, el encargado militar que usaba la cabeza rapada, y otras diez personas.

Estaba claro ya, por las discusiones anteriores que habían tenido al preparar el proyecto, que Tito iría con su pareja, Luz Villoslava Rodríguez, Melisa, una delgada joven de 17 años. Luz era la quinta integrante del comando “Santos Atahuallpa”, fue secuestrada por el MRTA el 18 de mayo de 1993, cuando había ido a buscar agua a un pozo con su hermanito. El secuestro lo efectuó una columna del MRTA que se desplazaba por el distrito de Chanchamayo, en el departamento de Junín, hacia la localidad de Pichanaqui.

La sexta sería Giovanna Vila Plascencia, que unos años antes había sido sacada por la fuerza por el MRTA de su caserío, “San Chirio Palomar”. “San Chirio” está en la selva central del Perú. El MRTA la había secuestrado aprovechando que se alejó de su casa.

Antes de Giovanna Vila Plascencia habían sido cooptados por el MRTA en “San Chirio” su hermano Juan Carlos y Gilberto Doroteo Ticona, un huérfano de padre y madre que vivía con su abuela. Mientras Juan Carlos estaba destinado en un lugar de la selva, Ticona estaba preparándose para asaltar la residencia japonesa. Era el séptimo militante de la columna.

Wilson, afectado por el acné, era el octavo. Se había incorporado al MRTA porque le pagaban 200 dólares mensuales, más que cualquier trabajo que podría conseguir. Escogió al MRTA en vez de Sendero porque le ofrecía más dinero.

Palestino, el noveno, era el más agresivo de todos. Se estaba preparando mentalmente para desfogar todas sus iras el día del asalto y los siguientes. Deseaba hacer prevalecer su poder.

El décimo era Lucas, delgado y frío aunque respetuoso e introvertido, era el enamorado de Giovanna Vila, a quien amaba con toda la fuerza de sus 20 años.

El Mexicano era el décimo primero: de 21 años, de 1.77 metros y 90 kilos, alto y fornido, había trabajado en una empresa estatal. Muy disciplinado, cumplidor estricto de las órdenes.

Los tres restantes que conformarían la columna eran Dante, Ojitos y Raúl.

Dante era un joven de 20 años, macizo, de un 1,75 metros de estatura. El tendría dentro de un mes la función de manejar una ambulancia a una casa vecina de la residencia japonesa, para iniciar la toma del MRTA; Ojitos, tuerto de un ojo, de 17 años y muy solitario, y Raúl, pequeño y gordito, responsable de la seguridad del “comandante”, como le decían todos a Cerpa, nacido en el Cusco y analfabeto.

Cerpa decidió aumentar la intensidad de los entrenamientos militares, para asegurarse que todos sus hombres estuvieran en las condiciones físicas óptimas.

Los entrenamientos se hacían con el uniforme y el armamento completo: ocho granadas de fragmentación, dos de ellas colgadas del cuello, explosivos de alto poder, un fusil automático de asalto AKM, un pequeño morral que con una máscara antigás y visores nocturnos y una mochila con gran cantidad de municiones.

Un mes después, alrededor de tres semanas antes del “día D” el comando se trasladó a Lima, donde las “casas de seguridad” y los enlaces funcionaban a la perfección, gracias al trabajo detallista de Roli Rojas.

Ya en Lima, el comando revisó hasta el cansancio los detalles del plan y cada uno de los miembros debía explicar, de memoria, cuál era su papel en el ataque y qué cosas debía hacer en qué momento. Cerpa, conociendo que el asalto tendría gran repercusión internacional, insistía en que había que evitar, por todos los medios posibles, que se produzcan muertes. “No quiero que nos comparen con Sendero”, dijo.

5. Objetivo: residencia japonesa

A las 20:30 del 17 de diciembre, empezó la toma. Primero fue la explosión que permitió el ingreso del comando emeretista a la residencia del embajador, desde la casa contigua, donde había ingresado una ambulancia con tres toneladas de armas y municiones. Luego, el tiroteo infernal y el caos.

Los 732 invitados del embajador Morihisa Aoki estaban en el jardín de la residencia, empezando a servirse el bufete, en una calurosa noche limeña. Al escucharse las explosiones y el tiroteo, que al principio les sonó muy lejano pero luego aumentó de intensidad, todos corrieron a refugiarse a la casa, lo que luego se comprobó sería un grave error. Una vez dentro, todos tenían un sentimiento de gran perplejidad y desconcierto. Los gritos de Cerpa y sus huestes los atemorizaron. “Tiréense al suelo, mierdas”, “Al suelo, conchesumadres”, bramaban los terroristas acercando los fusiles casi hasta el rostro de sus secuestrados. “¿Qué me miras, soy bonito?”, gritaba el Palestino fuera de sí. Los emeretistas estaban con los rostros cubiertos con pañuelos rojos. A un militar se le soltaron los intestinos.

Después de diez minutos de absoluta confusión, los extremistas hicieron que los rehenes se levanten y se separen los hombres y las mujeres, para liberar a éstas últimas de inmediato. Sin embargo, la Policía, que reaccionaba tarde a la audaz acción del MRTA, lanzó una gran cantidad de gases lacrimógenos, que generó pánico dentro de la casa e hizo que varios de los rehenes tuvieran crisis respiratorias. Muchos recordaron sus años universitarios en los que se enfrentaban a la Policía. Cerpa recordó el asalto policial a la fábrica Cromotex que había tomado en diciembre de 1978. Eran los mismos gases y la misma Policía.

Pasado el efecto de los gases, se logró un ambiente de mayor tranquilidad. Cerpa se presenta como el “comandante Huerta”. Se paró al centro del salón rodeado de decenas de personas. Algunos se sentaron en el suelo.

-“No es mi intención hacerles daño a ninguno de ustedes, pero ello no será una garantía si alguno de ustedes intenta hacer alguna tontería”, les dijo a los aturdidos rehenes. Nadie, realmente, sabía qué es lo que les estaba pasando.

Cerpa inició nuevamente la separación de hombres y mujeres y dio la orden para que las mujeres, los mozos, los ancianos y los niños empezaran a salir. Eran en total 360 personas. quedaban 372 en el interior.

Eran las 10 de la noche. 12 hombres y dos mujeres habían perpetrado la acción guerrillera más espectacular e inesperada de las últimas décadas en América Latina y tenían bajo su control al más importante grupo de hombres públicos jamás secuestrado en la historia. Y eran sólo 14, dominando, a fuerza de adrenalina, a 732 rehenes.

Todo había salido a la perfección para el comando del MRTA. No se habían producido bajas en ninguno de los bandos, excepto la herida de bala en la pierna izquierda de Tito, al ser alcanzado

por el fuego de la Policía. Tres médicos, de entre los rehenes, lo atendieron aunque explicaron que necesitaban material médico para hacer las curaciones definitivas, que llegó más tarde. Ese fue el primer trabajo de Michel Minning, el suizo presidente de la delegación de la Cruz Roja Internacional en Lima. Minning fue liberado esa misma noche para iniciar los contactos con la Policía y las autoridades peruanas en busca de dar ayuda a los rehenes.

Era hora de empezar el largo proceso de identificación de los rehenes. En la confusión, muchos de ellos, especialmente militares y policías, habían logrado destruir sus documentos de identidad, tirándolos a los inodoros, aunque luego se comprobaría que ello sólo sirvió para entorpecer la identificación, no para evitarla.

Uno de los primeros en ser identificado fue el general Juan Carlos Domínguez, ex jefe antiterrorista:

-“Usted va a ser el primero en ser ejecutado”, le espetó Cerpa.

Y al ser identificado el embajador de Bolivia en Perú, Jorge Gumucio, Cerpa lo amenazó:

-“Si no liberan a los presos en Bolivia, embajador, usted no sale vivo de aquí”.

Cerpa y los tres miembros de la plana mayor efectuaban la identificación, mientras los otros diez guerrilleros vigilaban a todos los rehenes, 372 en ese momento. También vigilaban el jardín a través de los ventanales.

Cerpa, para agilizar los trámites, pidió que cada persona dijera su nombre y cargo. Algunos lo hacían con presteza, aún sabiendo que ello los perjudicaba, porque intuían que sería inútil tratar de eludir la exigencia. Los que fueron considerados “clasificables” fueron enviados al segundo piso. Los “no clasificables” permanecieron en el primero, y Cerpa sabía que debía empezar a liberarlos más o menos pronto. 14 personas, aún armadas hasta los dientes, no pueden controlar a casi 400 personas por mucho tiempo.

Al segundo piso fueron enviados congresistas, ministros, viceministros, ciudadanos japoneses, embajadores, militares y policías. Eran en total unos 225. En el primer piso se quedaron los funcionarios de menor rango o invitados extranjeros. Eran alrededor de 147.

El congresista oficialista Carlos Blanco, presidente de la comisión de presupuesto del Congreso, fue uno de los primeros rehenes en subir al segundo piso, junto con el canciller Francisco Tudela. Blanco se cruzó en uno de los pasillos con el alcalde de Lima, Alberto Andrade. Pero un par de horas después, lo vio en la televisión haciendo declaraciones en las afueras de la residencia. Había logrado escapar por la ventana de un baño del primer piso. Requirió mucha sangre fría para hacerlo.

Los emeretistas trataron de identificar a familiares de Fujimori. Habían soltado a la madre y hermana, por ser mujeres, pero esperaban tener la suerte de tener algún hermano. Finalmente lograron identificar a Pedro. La identificación de tantas personas duró varias horas, hasta la madrugada del 18 de diciembre. Varios rehenes ofrecieron sus celulares a los demás para que pudieran llamar a sus familiares. Muchos no tenían ni un pequeño espacio para dormir.

Las camas estaban desarmadas y, junto el resto del amoblado, colocadas contra las paredes. El congresista Blanco decidió meterse a un closet a tratar de descansar porque no había un sólo metro cuadrado libre en los pisos. Otros consiguieron frazadas, que doblaban y colocaban en el suelo, a manera de colchonetas. Los más “privilegiados” fueron los embajadores Aoki y Gumucio: podían dormir sobre un colchón en el suelo. Otros permanecieron de pie, conversando en voz baja en grupos pequeños. En todos había un ánimo de desasosiego, temor e inseguridad. “¿Hasta cuándo durará esto?” pensó el canciller Tudela, perfectamente consciente de que era uno de los rehenes más valiosos del MRTA, y por lo tanto uno de los más vulnerables.

6. Primeras liberaciones

La primera noche fue patética. En medio del desconcierto y el temor, cuando las mujeres habían finalmente sido autorizadas a abandonar la residencia, empezó la resignación de los varones, ese 17 de diciembre de 1996. Algunos se enteraron, alrededor de la una de la mañana, que uno de los cautivos, el suizo Michel Minning, había convencido a Cerpa para convertirse en un enlace con las autoridades y conseguir la ayuda humanitaria necesaria.

De 44 años, Minning había trabajado con anterioridad para la Cruz Roja ayudando en labores humanitarias en Irak, Nicaragua, Líbano, Ruanda, Burundi, Azerbaiyán y Bosnia.

Se encontraba en Lima desde hacía tres meses como delegado de la Comisión Internacional de la Cruz Roja Internacional y el destino lo había puesto ante un desafío inmenso: ayudar a solucionar la más grave crisis política que atravesaba Perú en los últimos años.

Minning, con su experiencia, sabía que la situación era de extrema delicadeza. 372 personas se apiñaban en un espacio de 200 metros cuadrados, presas del miedo y con el riesgo de que en cualquier momento estallara la violencia. Había que trabajar con rapidez. De inmediato después de ser liberado, se comunicó con el presidente Alberto Fujimori, a quien le explicó lo difícil de las circunstancias. Le dijo que era imperativo dar señales de que el gobierno negociaría con el grupo guerrillero y que efectivamente decenas de personas estaban en riesgo de perder la vida. Llamó después a su novia, Sophie Graven, para decirle que se encontraba bien, y a sus colaboradores de la Cruz Roja, para tener las primeras reuniones de trabajo y establecer cuáles eran las necesidades en alimentos, medicinas y vituallas para tanta gente. Además, debía establecer parámetros generales mínimos de cómo podría producirse la negociación, que se anunciaba difícilísima, entre el gobierno y el MRTA.

Muchos de los rehenes no durmieron esa primera noche, o lo hicieron sólo por minutos, sobresaltados, con la mente puesta en cualquier pequeño sonido. Se escuchaban esporádicamente las órdenes de Cerpa que continuaba con el agotador proceso de identificación

iniciado la noche antes. Los rehenes que dejaban su puesto en el suelo para ir al baño, al volver no tenían ya su lugar: había otra persona allí tratando de descansar.

Al día siguiente, con los ojos enrojecidos por la mala noche y la inseguridad en su punto máximo, empezó lo que sería el inicio de una nueva vida para muchas personas.

Y con el paso de los días las cosas empeorarían, porque el gobierno decidiría cortar el fluido eléctrico y el agua a la residencia. Desde ese día, hasta el final, rehenes y captivos se alumbraron en las noches con lámparas y velas. La fetidez de los primeros días era insoportable, más aún considerando los 30 grados de temperatura de la Lima veraniega. Entre los 372 secuestrados que soportaban la falta de luz y agua estaban los embajadores de Bolivia, Alemania, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Corea del Sur, Cuba, Egipto, Guatemala, Honduras, Panamá, República Dominicana, Uruguay, Venezuela, Malasia y Japón, además del canciller Tudela, el ministro de agricultura Rodolfo Muñante, los máximos jefes policiales y antiterroristas del país, y decenas de otras personalidades de varios países. Nunca se sabrá si fue coincidencia o no que ningún miembro de la embajada norteamericana estuviera en la residencia esa noche aciaga.

Había muy poco para comer, aunque en general pocos deseaban servirse algo. El embajador Morihisa Aoki, con todo el peso de haber sido el anfitrión de tan inesperado final de fiesta, tenía sobre sí todos los remordimientos del mundo. Por eso se mostró tan diligente esas primeras horas, prestando su ropa, sacando licores y chocolates, ayudando a los enfermos.

Cerpa, que conducía con mano férrea la situación, estaba entonces completamente desconcertado con la actitud de Fujimori y su gobierno, que no habían hecho declaraciones, más de 12 horas después de la toma, y no daba ni el mínimo indicio de que buscaba negociar con ellos. No descartaba que ingresaran de un momento a otro efectivos militares y policiales para resolver la situación.

Estaba desesperado por el silencio fujimorista e inquieto por no saber cómo actuar ante un eventual ataque militar. Entonces decidió tomar una medida extrema. Mandó llamar a Tudela a la sala que usaba para reuniones.

El canciller quedó petrificado cuando escuchó a Cerpa:

-“Canciller, llame a Fujimori por teléfono y dígame que si no inicia negociaciones para liberar a nuestros 450 compañeros presos, usted será ejecutado hoy 18 de diciembre a las 12 del día”, le dijo.

Fujimori no contestó la llamada. Y Cerpa no tuvo el suficiente espíritu sanguinario para asesinar a Tudela. Anunció que la ejecución sería a las 14.00. Y vencido el plazo, Fujimori no dijo nada, y Cerpa, por segunda vez, incumplió su promesa de matar al canciller.

Sin embargo, a las 16.30, el gobierno accedió a entablar un diálogo con el comando del MRTA. Fujimori designó ese día a su ministro de educación, Domingo Palermo, el de más bajo perfil de

su gabinete, para dirigir las negociaciones. Había un hálito de esperanza de que no habría una solución militar.

Ante el primer movimiento de Fujimori para buscar una salida pacífica, el nombramiento de Palermo, Cerpa decidió dar una muestra similar, liberando a los embajadores de Alemania, Heribert Wowckel; de Canadá, Anthony Vincent; de Grecia, Alkiriakis Karokis; al agregado cultural de Francia, Hyacinthe de Montera, y al diplomático peruano Armando Lecaro. Cerpa los conminó a iniciar las negociaciones. “Sólo con esa condición los dejo partir”, les dijo. Quedaban 367 rehenes.

Esa misma noche, los cinco se reunieron con Palermo en un primer contacto. Le contaron lo armados que estaban los emeretistas, su disciplina, su alto grado de organización, su conocimiento de técnicas militares. “Hay que hacer algo, y rápido, si queremos salvar vidas, ministro”, le dijo Wowckel a Palermo. “El gobierno debe dar señales de buscar una salida pacífica para que el MRTA no empiece una matanza”.

7. Contando las horas

Las horas pasaban lentamente. El congresista Gilberto Siura empezó a contarlas. “Ya van 23” dijo alrededor de las 19.30 del 18 de diciembre. “Ya van 30”, dijo más tarde.

Cuando Siura contó la hora número 41, a las 12.30 del 19 de diciembre, ingresaron por primera vez a la residencia los negociadores Vincent y Lecaro, liberados un día antes, para reunirse con los rehenes y el comando guerrillero. Los negociadores pidieron a Cerpa que dejara en libertad a más rehenes, porque la situación dentro de la residencia era casi insostenible.

Horas más tarde llegaría a Lima el canciller japonés Yukihiko Ikeda, para tener la garantía del gobierno peruano de que no optaría por la operación militar.

Para entonces la febril actividad de la Cruz Roja ya se había iniciado. Los rehenes tenían alimentos y agua, alrededor de un litro diario por persona, además de la posibilidad de que sus familiares les enviaran sus efectos personales. Lo único que les desagradaba a los rehenes era la actitud de Jean Peter Shaerer, de la Cruz Roja Internacional que discriminaba de manera abierta a los rehenes y trataba con mucha confianza a los captores.

Una semana después de la toma habían llegado las frazadas, que los rehenes doblaban a lo largo para usarlas como improvisados colchones. Sólo a fines de enero la Cruz Roja entregó las colchonetas de espuma, de cinco centímetros de espesor, pese al rechazo de algunos rehenes.

-“Lo único que lograremos con las colchonetas es que el secuestro dure meses”, se quejó medio en broma y medio en serio, el magistrado Luis Giusti. Y así fue.

Sentados en el suelo, los rehenes miraban sus relojes con insistencia. Las horas parecían detenidas, pegadas en el tiempo. Todos rogaban ser liberados antes de Navidad y reunirse con

los suyos en fecha tan especial. O por lo menos antes del año nuevo. Sólo unos cuantos lo lograron.

Siura seguía contando. Cuando llegó a la hora número 70, se produjeron rumores de nuevas liberaciones, casi todos ocupantes de la planta baja. Los rehenes de la planta alta seguían siendo “clasificables”. Efectivamente, a las 19.30 del 20 de diciembre, 38 secuestrados recuperaron su libertad. Dos días más tarde, cuando Siura contó la hora número 121, recuperarían su libertad 225 personas. El mundo empezaba a respirar aliviado, aunque 104 personas seguían en la residencia, entre ellas los embajadores de Guatemala, Bolivia, Japón, Honduras, Uruguay, Malasia y República Dominicana.

Uno de los liberados de ese grupo debía ser el padre jesuita y profesor de la Universidad del Pacífico de Lima, Juan Julio Wicht.

-“Padre, usted también se va”, le dijo Cerpa mirándolo a los ojos.

-“Deseo solicitarle la posibilidad de quedarme aquí, con el resto de mis hermanos”, dijo el sacerdote ante la sorpresa de todos quienes lo escucharon. -“Creo que tengo un papel pastoral y humano que cumplir aquí”.

-“Si ese es su deseo, quédese Padre”, sentenció el comandante Evaristo.

El 24, día de mucha significación para los cristianos que se encontraban en la residencia, llegó la información de que dos acusados de pertenecer al MRTA, Luis Alberto Miguel Samaniego y Silvia Sonia Gora Rivera, habían sido liberados en Uruguay a raíz de las presiones del comando que asaltó la residencia en Lima. Era la primera victoria conseguida por el MRTA después de la toma de la residencia, y, según se supo 119 días después, la única. Como contrapartida, el mismo 24, el embajador de Uruguay Tabaré Bocalandro Yapeyú fue liberado por Cerpa.

-“Su gobierno cumplió y usted se va”, le dijo el emeritista al diplomático. Quedaban 103 cautivos.

Y llegó la “hora fatídica” que se habían autoimpuesto muchos de los secuestrados y de los captores: Navidad. Y muchos de ellos tuvieron que vivir el desasosiego de pasar tan importante fecha lejos de sus seres queridos.

El 25 de diciembre ingresó por primera vez a la residencia el obispo católico Juan Luis Cipriani, de ideas conservadoras y amigo personal de Fujimori. Su primera visita fue por estrictos motivos pastorales: celebrar la eucaristía el día del nacimiento de Jesús.

Como una especie de representante especial de Fujimori, Cipriani logró la inmediata confianza de Cerpa y sus huestes, y el aprecio y el respeto de decenas de rehenes. El logró las 20 liberaciones decididas el 28 de diciembre y las siete del primero de enero.

El 25 y 26 lograron su libertad un diplomático japonés enfermo y el embajador de Guatemala, José María Argueta, como un “homenaje” del MRTA al acuerdo de paz entre el gobierno y la guerrilla al que llegó ese país después de tres décadas de guerra civil.

El año nuevo fue recibido ruidosamente por los rehenes, pero bajo absoluta “ley seca”. La crisis duraba dos semanas y 74 personas permanecían secuestradas. El 17 y 26 de enero se liberarían a los dos últimos, un jefe antiterrorista y un jefe policial respectivamente. Los 72 restantes permanecerían tres meses más.

Un día después de la última liberación, el 27 de enero, al cumplirse la hora número 1000, Siura dejó de contar.

8. Amor guerrillero en el baño del embajador

A mediados de enero se empezaron a definir las rutinas dentro de la residencia. Esta había sido construida a fines de los 40 en el señorial barrio limeño de San Isidro, a imitación de la que se usó en la película “Lo que el viento se llevó” inmortalizada por el cartel más famoso de la historia del cine.

La casa, de dos pisos, tiene en su planta baja un salón principal, un escritorio, una amplia sala comedor, un ambiente adicional, una despensa, un gran cocina, una escalera principal y otra secundaria, y un baño. En la segunda planta se ubica el reforzado dormitorio del embajador Aoki, cuyas paredes y puertas fueron recubiertas por los terroristas con planchas de acero y que consta de dos ambientes, divididos por un pequeño arco. En el segundo piso hay además tres dormitorios adicionales, tres baños y una sala para libros y archivos.

La división de los rehenes según cuartos fue variando con el paso de las semanas. Los primeros días fue completamente arbitraria, pero desde principios de enero se mantuvo más orden al respecto. El MRTA colocó a los militares y policías en las salas que luego se conocerían como “A” y “B” y a los rehenes considerados más importantes por el MRTA (Tudela, Aoki, Gumucio, etc.) en la sala “C”, el dormitorio del embajador japonés. En un pabellón adicional dormían los magistrados y el resto de los rehenes peruanos y en el último del pasadizo, los japoneses. Demostrando una gran picardía criolla, el dormitorio de Aoki fue bautizado como “High life” por los rehenes, y el que usaban los japoneses como “Chinatown”.

Las agresiones de las primeras semanas -cuando los emeretistas colocaban a sus rehenes contra la pared para simular su ejecución en caso de que se produce una intervención armada- eran cosa del pasado.

Las provocaciones de El Palestino -después fue bautizado como “Coné” por los cautivos por su nariz aguileña y el pequeño mechón en su cabeza rapada- eran también más esporádicas. Sus insultos y gritos ya casi no se escuchaban. No eran más que un desagradable recuerdo las circunstancias cuando El Palestino subió a la sala donde dormían los policías y los obligó a ponerse boca abajo, insultándolos.

A fines de enero, el estado de ánimo de los rehenes era de resignación y las depresiones eran esporádicas y pasajeras. Entre todos se ayudaban a pasar los momentos de debilidad y se

apoyaban mutuamente. Sonreían al escuchar a Tito saludar con un sonoro “hojayo gozaimasu” (buenos días en japonés) al empresario Yoshihiko Sakai, que le estaba enseñando el idioma, y por el deseo del terrorista de ir a estudiar informática a Cuba.

“Lo único que nos falta es que este *pulgatorio* traiga también ratas”, dijo Matsuda causando la gracia de sus compañeros de encierro. Y para mal de todos, ello se cumplió. Pese al esfuerzo de los secuestrados de mantener los ambientes de la casa libres de basura, la suciedad era difícil de combatir, con el riesgo de que se produjeren infecciones, especialmente el cólera, que puede producir la muerte.

Y las ratas llegaron. La mugre, la humedad y el calor sofocante fueron el perfecto escenario para producir su aparición. Rehenes y captores las sentían caminar por sobre sus espaldas en la mitad de la noche. Al principio trataban de ahuyentarlas o de mantenerlas fuera de las habitaciones. Al final se acostumbraron a ellas y ya no les preocupaba, empezaron a formar parte de la “familia”. Se optó por cazarlas. En cada cuarto se preparaban “agentes de caza” para lograr atraparlas. Nunca se pudo, por la inteligencia y la rapidez de los roedores. Alguien comentó: -“Me parece obvio que se haya producido la toma del MRTA... los policías no pueden atrapar ni una rata”. A los captores también los atrapó la rutina, con la diferencia que no podían darse el lujo de jugar ludo a cualquier hora del día o simplemente leer historietas durante horas. Generalmente había un guerrillero en cada uno de los cuartos con rehenes, con el fusil en apunte. En las noches los emeritistas hacían tres turnos, manteniéndose siempre uno despierto en cada uno de los cinco pabellones. A quienes les tocaba turno de alerta en la noche tenían al día siguiente unas horas libres para dormir. Y así, día tras día, semana tras semana.

Y la rutina, se sabe, no apaga los deseos sexuales. Lucas y Giovanna, y Tito y Melisa, las dos parejas de la residencia, hacían cada vez más evidente su relación amorosa. Primero la demostraron muy tímidamente, hasta llegar a ser totalmente explícitos.

Con la fogosidad de los 20 años, que tenían ambos, Lucas y Giovanna se deslizaban por la noche al mejor cuarto de baño de la residencia, el del embajador Aoki, amplio y excelentemente decorado, para mitigar las urgencias del sexo.

La primera vez que ingresaron al baño, la noticia se propagó rápidamente entre los rehenes, ávidos de ocupar la mente en algo distinto a lo común.

-“Entraron al baño, creo que lo van a hacer”, dijo alguien, suscitando el interés del resto.

Cuál no sería su sorpresa cuando lograron escuchar, con claridad, la respiración agitada de los dos jóvenes guerrilleros haciendo el amor en el baño más espacioso de San Isidro.

Tito y Melisa no se quedaron atrás. Usando el mismo baño, ante los sorprendidos oídos de los mismos rehenes, se desfogaban semanalmente, amándose más que nunca, pensando hasta el cansancio en la victoria, en salir de la residencia hacia Cuba y poder besarse en las playas caribeñas y no a hurtadillas, y con el corazón en la mano, en los fríos azulejos de un baño diplomático.

Giovanna confió una vez a los rehenes su molestia con Melisa, al responder por qué ésta no hacía turnos de alerta en las noches.

-“Esa es la diferencia entre ser la mujer de un combatiente y de un mando. Mi enamorado no tiene rango en el MRTA”, les dijo.

9. Largo cautiverio

Con el paso de las semanas, más o menos a mediados de enero, Melisa y Giovanna empezaron a mejorar sus relaciones con algunos rehenes. El ex primer ministro Dante Córdova, con su atildada voz y su habilidad para tocar la guitarra, atrajo la atención de ambas. Fue también Córdova el que consoló a Melisa una vez que ésta se quebró y lloró amargamente, extrañando a su familia.

- “Ven Melisa, no llores, te voy a enseñar a tocar la guitarra”, le dijo. También alguna vez Giovanna derramó lágrimas.

-“¿Qué tienes?” le preguntó el padre Wicht al verla llorar mirando por la ventana.

- “Quisiera estar en mi casa”, le dijo.

Giovanna y Melisa mejoraron más todavía su relación con los rehenes a mediados de febrero. Participaban en los juegos de mesa, que aprendían juntas, y pedían explicaciones sobre muchos temas, desde política hasta religión o arte. Como casi todos los captores, con excepción de Cerpa y Rojas, las dos muchachas eran muy ignorantes y su educación había sido muy poco estable.

A Cerpa le preocupó esta mejoría de las relaciones de las dos muchachas con los secuestrados. Ordenó a fines de febrero que las dos no suban más a la planta alta y que permanezcan todo el día en el salón del primer piso. -“No quiero que después las sorprendan. No sean ingenuas, por favor”, les dijo.

Desde entonces hicieron el amor con sus respectivas parejas en un pequeño baño del primer piso.

Uno de los captores más jóvenes, Raúl, de 18 años, era iletrado. Pequeño y gordito, Raúl era el “edecán” de Cerpa, siempre estaba con él como una especie de guardia de seguridad. Nacido en el Cusco, a Raúl le fascinaron los libros de historietas de Tin Tin. Como era analfabeto, le pedía a los rehenes que le leyeran, lo que hacían gustosos. -“Gracias señor” decía al concluir el libro bajando la cabeza.

En otra ocasión, Wilson dijo, con toda la ingenuidad de su falta de educación: -“Lo que yo quisiera al salir de la residencia es comprarme un autobús para trabajarlo. Quizás ustedes me pueden ayudar a sacar el brevet de manejar”.

Esos jóvenes extremistas habían vivido, además, completamente aislados del mundo. Cuando uno de esos día llegó la modelo alemana Claudia Schiffer a Lima y uno de los rehenes lamentó

“lo que nos estamos perdiendo”, el guerrillero Leo preguntó, todo inocente: ¿quién es Claudia Schiffer?

Fue Raúl también en el que una vez se declaró sorprendido porque los rehenes “no los insultaban”. El día se iniciaba a las 7 de la mañana. Un reloj invisible los despertaba a todos casi al mismo tiempo. A la hora del desayuno se tomaba café, leche, te, pan de molde, mantequilla, mermeladas y quesos, que llegaban en raciones la noche anterior entregadas por la Cruz Roja. Pasadas las 8:00 rehenes y captores, por separado, practicaban diversos juegos de mesa como ajedrez, bingo, cartas, loto, pictionary, trivial pursuit y mashó (juego japonés parecido al ajedrez). El padre Wicht fue el primero en aprender ese complicado entretenimiento, probablemente gracias a su destreza para el ajedrez. En las decenas de partidas de ajedrez que jugó, Wicht sólo perdió una, al confundir un alfil con una torre debido a la escasa luminosidad de la noche.

En las mañanas también se hacían rompecabezas, aprovechando la mayor cantidad de luz. Los bidones de agua llenos fueron empleados como pesas. Subir y bajar por las escaleras fue la rutina impostergable de casi todos y la baranda del segundo piso servía para hacer abdominales y planchas.

Entre las 12:00 y las 13:00 se preparaban para almorzar. La Cruz Roja les daba tres tipos de comida: japonesa, peruana e internacional. Al final todos los no japoneses aprendieron a comer con palitos chinos y a saborear la comida japonesa. Entre las 18:00 y 19:00 llegaba la cena. Los no japoneses preferían la comida baja en calorías y colesterol, elaborada en base a carnes, papa, arroz y verduras. Los japoneses comían platos típicos de su país, con arroz, vegetales, carne y pescado. Durante todo el secuestro se permitió el ingreso de cigarrillos, siendo el embajador Aoki el primero en recoger su cajetilla, pero no de bebidas alcohólicas.

Las mañanas de los domingos y jueves el personal de la Cruz Roja recogía los mensajes que habían escrito los rehenes para sus familiares y entregaban las cartas de éstos. En total se intercambiaron 9150 cartas, es decir que cada rehén escribió y respondió 126 cartas en promedio durante los 126 días de cautiverio. Una por día. Escribir a la familia era el pasatiempo favorito de todos. Los días de entrega de correspondencia eran esperados con ansias. Sin embargo, con el paso de las semanas y los meses, los rehenes tenía ya poco “de nuevo” que contar.

Después del almuerzo, se realizaban las tareas de limpieza, mientras las reglas eran claras para el uso de los servicios higiénicos: los lavatorios se usarían sólo para lavarse los dientes y afeitarse, los inodoros para orinar, las tinas para ducharse y los baños portátiles (“los televisores” como los llamaban los rehenes) para defecar.

Los cumpleaños se festejaban con comida especialmente solicitada por el agasajado, que la Cruz Roja se encargaba de hacerle llegar. Gumucio pidió empanadas salteñas en una ocasión, que fueron elogiadas por rehenes y captores.

Las tardes eran usadas especialmente para leer. La Cruz Roja envió en total 470 libros en español y 150 en japonés, 140 discos compactos, 200 juegos de salón y decenas de libros de historietas. Tampoco faltó nunca en la residencia la revista deportiva El Gráfico, que llegaba semanalmente de manera puntual.

Casi todos los domingos llegaba monseñor Cipriani a ofrecer una misa a secuestradores y extremistas, que concelebraba con el padre Wicht. Cuando el obispo no podía concurrir, era el padre Wicht el encargado de dar la misa. Wicht daba además la eucaristía todos los miércoles. En una de esas ocasiones percibió el sacerdote un poco de desaliento. Por ello, para subir el ánimo de sus amigos, al finalizar la celebración de la eucaristía, en vez del tradicional “podéis ir en paz”, les dijo “podéis quedaros en paz”.

Los japoneses observaban respeto por la religión católica, pero no participaban de la eucaristía por no profesarla. Sólo Melisa asistió una vez a la ceremonia religiosa y Coné, que había aprendido a tocar guitarra con los rehenes, interpretaba ese instrumento en algunas misas.

Cipriani fue quien, en una de sus visitas a mediados de febrero, sintió en el aire el desaliento de los rehenes.

-“Organícense. Preparen charlas y exposiciones. Cada uno que aliste un tema para exponerlo y luego debatan sobre el mismo. No se dejen vencer por la inacción”, les dijo.

Y le hicieron caso a pie juntillas. Gumucio habló sobre las reformas estructurales bolivianas y la capacidad que ha tenido la democracia boliviana para afianzarse en los últimos 15 años. El congresista Blanco, presidente de la comisión de presupuesto del Congreso, habló de su tema y explicó cómo el gobierno de Fujimori ha aumentado el gasto social en las zonas más deprimidas del Perú. El embajador Aoki explicó el origen del “milagro económico japonés”. El magistrado Hugo Sivina se explayó sobre el proceso de reformas del Poder Judicial. El ánimo de todos empezó a subir.

Una de esas noches, Sivina, junto al ex jefe de la Dirección Contra el Terrorismo (DINCOTE), Carlos Domínguez, y al ex primer ministro Dante Córdova, empezaron a contarse chistes celebrando cada uno de ellos con fuertes carcajadas. El Árabe, que estaba de turno en ese pabellón, se acercó para decirles con la voz apagada: -“Les pido silencio, por favor, van a despertar al resto de los señores”.

El padre Wicht hacía gala de su buen sentido del humor. -“Como cura, estoy muy contento de estar aquí porque tengo un mercado cautivo. Deben consumir mi producto les guste o no”, les dijo muerto de risa.

El buen humor del padre Wicht sólo se vio ensombrecido una vez, en esos largos 126 días.

A fines de febrero, se le estaba acabando el vino para la celebración de la misa. Pese a que para cada eucaristía se usa menos de una cucharada de vino, la botella que le habían enviado en enero se había acabado. El sacerdote pidió a la Cruz Roja que le envíen otra botella de vino, cosa que era

complicada porque estaba prohibida la entrega de bebidas alcohólicas. Finalmente llegó la nueva botella y el padre se la dio a uno de los rehenes para que la guarde.

La botella generó de inmediato el interés de otros de otras personas. -“¡Qué bueno que hayas conseguido una botella! ¿quieres que te ayude a abrirla?”, preguntó alguien. El encargado de cuidar el vino les dijo:

-“No lo toquen, este es el vino del padre”.

Ese día, el coronel de la Fuerza Aérea Julio Rivera recibió la noticia de que su esposa había dado a luz a un nuevo hijo suyo. Era una ocasión para celebrar. Fue al pabellón donde estaba el vino y lo pidió.

-“Ha nacido mi hijo, quisiera que abramos la botella de vino”.

-“Es cierto, alguien dijo que era del padre y tu eres un padre flamante”, le respondieron. Y se tomaron hasta la última gota.

Wicht inició, resignado, el largo trámite para conseguir una nueva botella.

10. “¡Cállense maricones!”

Nacido el 5 de agosto de 1940, el embajador Jorge Gumucio fue una de las personas más respetadas por el resto de los rehenes. Con su gran cultura general y sus conocimientos en varias áreas, producto de su título en leyes obtenido de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz en 1967 y su maestría y doctorado en sociología, de la Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos, era un diplomático conversador, ameno y sensitivo. Además, tenía la capacidad de ordenar sus ideas de manera clara e inteligente, gracias a sus varios años de docente universitario en Estados Unidos y por su dilatada carrera diplomática.

Gracias a una radio a pilas que siempre mantenía encendida, Gumucio era la persona mejor informada de la residencia. Desde las seis de la mañana, o a veces desde antes, sintonizaba Radio Programas del Perú y CPN Radio para estar al tanto de lo que ocurría en Lima y el mundo. Obviamente estaba también muy interesado en la situación de su país y la radio resultó ser una vía de contacto muy importante.

A las 8 de la mañana escuchaba el noticiero Solar, en Radio Programas del Perú, que tiene enlaces con radio Panamericana de Bolivia y con otros países de la región. Gracias al noticiero Solar, y a través de la voz del locutor Juan José Hidalgo, el embajador entraba en contacto con su país.

Ese es el embajador Gumucio que estaba escuchando radio el 7 de marzo a media mañana, echado en el colchón de su cuarto, cuando escuchó que los cánticos que acompañaban a los ejercicios de los emeritistas se referían a Bolivia. Sintió una ola de indignación cuando comprendió que eran insultos contra su país. “Bolivia es un país violento”, decía uno de los jefes, y el resto respondía “Bolivia es un país violento”, al estilo de los cánticos de los militares

norteamericanos que muestran las películas. “En Bolivia no hay derechos”, gritaba nuevamente el jefe para ser respondido con idéntica frase por sus huéspedes. “En Bolivia se alzaré el pueblo”, gritaba nuevamente y nuevamente era repetida la frase por el grupo.

Gumucio, uno de los rehenes menos dispuestos a tener alguna relación con los emeretistas y que en su interior sentía una gran ira por el injusto secuestro, salió de inmediato de su habitación, en el segundo piso, y llegó hasta la baranda que da a la planta baja. Agarrándose firmemente de ella, gritó con todas sus fuerzas demostrando una gran valentía.

-“¡Dejen de gritar sobre Bolivia!. ¡No sean maricones porque en Bolivia nadie los escucha!”

-“¡Cállese o lo matamos!” le respondieron los emeretistas, una vez que salieron del asombro y entendieron de dónde provenían los gritos.

-“¿Ah, sí? No tengo miedo de que maten. Mátenme ahora mismo, pero no acepto que insulten a mi país”, replicó el diplomático.

Los ejercicios del grupo siguieron sin los cánticos contra Bolivia y se recuperó cierta normalidad en la residencia. Los rehenes del pabellón de Gumucio lo felicitaron por su valentía. En todos, a 258 días de estar viviendo esa pesadilla, alejados de sus familias y sus trabajos, y con el temor constante a morir, existía ya un sentimiento de rabia contenida, de ira y odio contra Cerpa y sus tropa. Eran casi tres meses de calvario.

Pero unos minutos después, cuando los emeretistas dieron parte del incidente a sus jefes, la situación se puso al borde de un estallido de violencia de imprevisibles consecuencias.

-“Sí, fue Gumucio, el embajador de Bolivia el que nos hizo callar”, dijo un emeretista a Cerpa, que estaba reunido con su plana mayor.

-“Salvador, anda a buscar a Gumucio. Tenemos que cortar esto de raíz”, ordenó Cerpa, con su extraña forma de pronunciar la letra ere.

Salvador subió de cuatro en cuatro los escalones que daban al segundo piso. Ingresó fuera de sí al pabellón “High life” y tomó a Gumucio del brazo, con suma violencia. Lo sacó a empujones de la habitación, y a empujones lo llevó hasta la planta baja, casi provocando a cada instante que ambos se rodaran las gradas.

Todos los rehenes sintieron terror de que uno de sus compañeros -el más solidario y leal de todos, además- pudiera ser físicamente golpeado o incluso muerto. Sentían una furia, mezclada con pavor, que nunca habían experimentado en esas 11 semanas de encierro. Pero se sentían impotentes. Contra la supremacía de las armas no hay ninguna posibilidad de reaccionar con éxito.

Espontáneamente, casi todos a la vez, empezaron a cantar el himno peruano, con todas las fuerzas de sus pulmones, zarandeando la baranda y casi produciendo que salga de cuajo. Los japoneses, que no conocían el himno, golpeaban el pasamanos con las manos. Todos sentían el terror y la ira con la posibilidad de que se maltrate a Gumucio. Los 71 rehenes miraban con furor a sus captores, que los encañonaban desafiantes.

La entonación del himno era perfectamente audible para los emeretistas reunidos en la sala de la planta baja. En ese momento llegó Salvador, con la respiración descontrolada. De un empujón lanzó a Gumucio a un par de metros, pero éste no perdió el equilibrio. Contra todo pronóstico, estaba tranquilo y sereno, aunque sabía a la perfección que ese podía ser su último día en este mundo.

-“Embajador, qué le pasa, es la segunda vez que usted se porta mal”, le dijo Cerpa, tratando de encontrar el medio camino exacto entre la severidad de un jefe terrorista y la necesidad de no empeorar el asunto.

-“Nadie me va a decir a mí si me porto bien o mal”, respondió el boliviano con una imperturbabilidad que desconcertaba a los emeretistas.

-“Sí le voy a decir. Usted sabe que vivimos un régimen militar y usted no puede gritarle a nuestros compañeros”, dijo Cerpa apuntando con el dedo el rostro del diplomático.

-“Seguiré gritando cada vez que alguien hable mal de Bolivia”

-“Nosotros somos amigos del pueblo boliviano, pero no de su gobierno neoliberal que aplasta las acciones obreras y que viola los derechos humanos”, retrucó el jefe del MRTA, con un tono de voz de profesor universitario.

-“A mí eso no me importa. Yo represento aquí al pueblo de Bolivia, a su gobierno y a todas sus instituciones”, dijo Gumucio endureciendo el tono.

-“Está bien, nunca más se hablará mal de Bolivia y usted nunca más gritará a nuestros combatientes”, dijo Cerpa, haciendo un gesto para que Salvador abriera la puerta de la sala y terminase allí la reunión.

El himno peruano ya había terminado. Los 71 rehenes habían gritado ¡Viva Perú !, ¡Viva Bolivia ! y ¡Viva Japón ! al terminar, lamentando no conocer el himno boliviano. Si lo hubieran sabido, de seguro lo cantaban.

Al ver salir a Gumucio de la sala, tan dueño de sí y caminar con tranquilidad hacia ellos, subiendo ágilmente las gradas, a todos sus amigos de cautiverio les volvió el alma al cuerpo. Deseaban saber, después de tres minutos eternos, si tenía alguna herida o algo que denotase que había sido golpeado. Pero comprobaron que estaba bien, física y anímicamente.

Unos metros detrás de él subió Cerpa, portando en el rostro una gran preocupación.

-“Está prohibido que se cante en grupos”, espetó a los rehenes con su típico tono despectivo y altanero. “No voy a tolerar muestras de provocación. No me va a temblar la mano para usar las armas”.

Después, a gritos, les pidió a todos que se fueran a sus cuartos, que se separaran, que “no armen grupos”.

Después de eso, todos los rehenes felicitaron a Gumucio, como lo habían hecho más de un mes antes, el 26 de enero, cuando Cerpa había increpado al diplomático boliviano y éste había mostrado su valentía por primera vez.

-“Si le da un ataque al corazón, sepa embajador que usted se muere acá mismo. No lo voy a dejar salir”, le había dicho el jefe guerrillero.

-“Yo no quiero salir si no se van al embajador Aoki y al canciller Tudela. Entonces, no se preocupe no tengo miedo”, respondió Gumucio desafiante.

-“Fujimori está negociando su salida con el gobierno boliviano”, retrucó Cerpa dando a entender que serían liberados los cuatro emeretistas peruanos presos en cárceles bolivianas a cambio de su libertad.

-“Le repito que no me voy sin Aoki y Tudela”, respondió el boliviano.

Tudela le agradecería luego su valentía a Gumucio. -“Le has dado su merecido al comandante Racumín”, como llamaban los rehenes en privado a Cerpa.

Los ánimos estaban caldeados ese 26 de enero, porque ese día Cerpa se había visto obligado a dejar en libertad al general de Policía José Rivas Rodríguez, que sufrió una recaída en su estado de salud, lo cual dejaba en 72 el número total de secuestrados. Cerpa no deseaba liberar a más rehenes y por ello amenazó a Gumucio con el tema del ataque al corazón. quedó claro entonces que no habría más liberaciones. Los 72 se quedarían hasta el final.

11. “Oigo ruidos, son túneles”

Ese 7 de marzo, después de cantar el himno peruano, los sentimientos de alegría de los rehenes por la valentía de Gumucio se confundían con la ansiedad: 24 horas antes Cerpa había denunciado que el gobierno estaba construyendo túneles por debajo de la residencia japonesa para intentar una acción militar, lo que de seguro sería una masacre.

Cerpa había llevado a la planta baja a algunos de los rehenes para mostrarles las vibraciones en el piso y hacerles notar una pequeña rajadura en el piso. Los rehenes, para tranquilizar a Cerpa, le dijeron que las vibraciones se debían a las construcciones que se realizan en Lima. El congresista Blanco, como ingeniero, le dio una larga y confusa explicación de las razones de las vibraciones. En realidad, lo que deseaba era que Cerpa no se impacientara con la posibilidad de que efectivamente se estuvieran construyendo los túneles.

Los rehenes se preguntaban qué pasaría si los túneles llegaran hasta la residencia. -“Va a ser como matar patos para los terroristas”, dijo alguien, considerando que si llegaban a asomarse por allí era fácil para los miembros del MRTA abrir fuego. Otros señalaban que los túneles llegarían en realidad a los jardines de la residencia, para facilitar el ingreso de los militares y policías destinados a salvarlos.

Pero de nuevo, con las noticias del túnel, todos sentían la misma incertidumbre y angustia de los primeros días, cuando temían para cualquier momento la irrupción militar, que dejaría sin duda a varios de ellos muertos. Los más preocupados eran Tudela y Aoki, con toda probabilidad los dos primeros en ser ajusticiados por el MRTA en caso de un asalto militar. Pero ambos

mantenían el espíritu firme y estaban conscientes de que no podían dar muestras de debilidad. Y no lo hicieron.

Las preocupaciones aumentaron cuando Cerpa, para contrarrestar el presunto efecto de los túneles, obligó a todos los rehenes a dormir en la planta alta. Ese fue el primer error fatal que cometió como jefe del comando. El segundo fue organizar el campeonato de fútbol. El grupo de los empresarios japoneses que dormían desde diciembre en la planta baja fue subido al segundo piso, a una habitación al final del pasadizo. Como nunca antes, los cautivos sentían en el pellejo el riesgo de una operación armada.

Cerpa deseaba que todos los rehenes estuvieran en la segunda planta para, en la eventualidad de una acción armada, tenerlos a todos reunidos y lograr de esa forma un más eficiente escudo humano. Por ello cambió el rol de turnos de vigilancia. El y Raúl, más las dos chicas, pasaron a dormir en el pabellón C, el denominado “High-Life”, mientras en el *hall* quedaron dos, Tito y Coné. Del pabellón de los congresistas quedaron encargados Salvador y Wilson. En el cuarto del Poder Judicial fueron destacados El Mexicano y Ojitos, y El Arabe en el pasadizo. Con eso tenía controladas las cinco habitaciones de rehenes.

Empeoraba la situación el hecho de que ese día se hubieran indigestado 12 de los rehenes por haber comido los alimentos que llevó la Cruz Roja el día antes, y que con el efecto del sol se habían descompuesto.

Realmente era un mal día, aunque por lo menos habían tenido la oportunidad de desfogarse, al zarandear la baranda cuando cantaron rabiosamente el himno peruano, y volver a considerar, sobre todo los que militares y policías, la posibilidad de la rebelión interna.

-“Deberíamos actuar en la madrugada”, dijo uno en tono confidencial. “Con que logremos ingresar un par de armas desde el exterior y sustraerles las bolsas con granadas, creo que podremos controlar la situación. Además, seremos héroes”.

Pero los planes quedaban en eso. Era muy riesgoso intentar un ataque contra los emeretistas, sobre todo para la vida de algunos rehenes. Con la sola explosión de una granada de fragmentación se lamentarían decenas de pérdidas humanas. Además, la internación de las armas era poco menos que imposible.

Para pasar un poco el mal rato, alguien recordó la tragicómica anécdota en la que se había visto involucrado el congresista Matsuda semanas atrás. En una ocasión, y cuando varios rehenes comían mangos con las manos, Matsuda se inclinó demasiado sobre la vela que iluminaba el cuarto, incendiándosele el cabello. Alipio Montes de Oca, miembro de la Corte Suprema, le apagó las llamas usando el jugo de mango que tenía en los dedos.

12. Las tediosas negociaciones

Desde el 25 de diciembre, cuando ingresó por primera vez a la residencia cumpliendo una labor pastoral, el monseñor Cipriani se había convertido en una figura clave de la crisis.

Jefe del Opus Dei en Perú, de 55 años, antes de convertirse en sacerdote Cipriani se tituló como ingeniero industrial y practicó el básquetbol de manera profesional, llegando a participar en la selección de su país. Optó por el sacerdocio sólo en la vida adulta.

Amigo personal de Fujimori, Cipriani es uno de los más polémicos sacerdotes peruanos, y todos le atribuyen el deseo de convertirse en cardenal del Perú cuando al Arzobispo Augusto Vargas Alzamora cumpla 75 años, en 1998, y deba renunciar al cargo.

Nadie se imaginó la “conversión” que sufriría Cipriani con el paso de las semanas. De ser un sacerdote conservador y amigo de la mano dura, pasó a ser un cura ligado sentimentalmente a los miembros del comando del MRTA.

Conocido por sus opiniones francas y directas, era considerado un obispo “anti-subversivo”, con su sede en Ayacucho, justamente en la ciudad en la que nació el grupo terrorista Sendero Luminoso en 1980.

En 1994, Cipriani dijo que era una “cojudez” la preocupación de los organismos de Derechos Humanos por los resultados de un operativo militar en la selva peruana que había ocasionado desapariciones y calificó al MRTA como “un atado de traidores asesinos y cobardes parapetados en el terror”.

Poco después, dijo que el alto nivel de desempleo del Perú es producto, no de la política económica de su país, sino de que “los peruanos son flojos y no salen a buscar trabajo” y porque los campesinos y obreros “gastan dinero en emborracharse y divertirse en fiestas religiosas, reuniones sociales y los fines de semana”.

Ese hombre de declaraciones duras se enfrentó el 25 de diciembre de 1996 a Cerpa.

-“Señor obispo”, le dijo cuando llegó a la residencia. “Es un honor que usted venga a visitarnos”.

Con el paso del tiempo, Cipriani se ganaría la confianza de Cerpa y construiría importantes lazos de amistad con él. Nunca se imaginó, en esos agitados días de diciembre, que a fines de marzo le escribiría al hijo de Cerpa, Nestítor, refugiado con su abuela en Nantes, Francia.

Muy queridos Néstor, Juan Carlos y su tía:

Hace más de tres meses he conocido a tu papá y somos amigos. Yo me llamo Monseñor Juan Luis Cipriani y soy Arzobispo de Ayacucho.

Vivo en Ayacucho con muchos niños como ustedes. Cuando era más joven era muy deportista y jugué basquet por el Perú. Ahora enseño la fe católica y procuro ayudar a la gente de mi pueblo Ayacucho, que es muy buena y al mismo tiempo, pobre.

*Quiero decirles que los conozco porque hablo con tu papá. Rezo mucho a Jesús y a la Virgen María para que puedan algún día reunirse toda la familia y vivir juntos y contentos. Ojalá se pueda pronto y yo me esforzaré mucho para que ustedes estén siempre unidos. Néstor, me cuenta tu papá que te gusta el fútbol. Yo soy hinchada de la “U”. Recen también por mí para que Dios siempre me ayude a ser bueno y a ayudar a los demás. Para la tía todo mi cariño y estima, por el gran servicio que les da. Siempre estudien y obedezcan y así serán muy buenos. Mi dirección es Apartado 211, Ayacucho, Perú. De todos modos tu tía te puede enseñar cómo escribirle a tu papito a través mío. Yo me despido dándoles mi mejor bendición y un fuerte abrazo a los tres. ¡Estén contentos que los quiero mucho y los quiero cerca de papá y mamá!.
Juan Luis Cipriani*

P.D. Acabo de recibir tu carta y te agradezco mucho me hayas escrito. Se la enseñaré a tu papá. ¡Sé bueno y pórtate bien y estudia bien y haz deporte! Tu papá leyó tu carta y me dice que tú también eres de la “U”, te felicito.

Cipriani tampoco se imaginaba que a fines de marzo intercedería ante las autoridades peruanas para que Cerpa pueda hacerle llegar un mensaje a su esposa, hasata la misma cárcel de Yanamayo, en las cercanías de Puno.

“Te recuerdo con mucha admiración y respeto, Nancy. Ante cualquier circunstancia te tendré siempre presente en mi corazón. No te olvidaré nunca. Estos 25 años de relación contigo son lo más hermoso que me ha pasado en la vida” decía el mensaje enviado por el jefe guerrillero a la mujer con la que había compartido su vida desde los 19 años.

Cipriani demostró su “conversión final”, cuando respondió a un editorial del diario El Expreso de Lima, que pedía no hacer concesiones al MRTA. -“Yo recuerdo a mi padre, a Dios, y francamente así no me educaron. Cuando uno se equivoca se le corrige, no se le maltrata, no se le humilla”, dijo el obispo a los periodistas. Al hablar de “maltrato” se refería a las condiciones carcelarias. Dijo también “hay que aprender a perdonar, a olvidar y a volver a releer el pasado, hay que tener el coraje para seguir adelante”. Era otra persona.

Es que, a fuerza de verse casi todos los días, durante tanto tiempo, Cipriani y Cerpa estaban en camino de hacerse amigos.

Cipriani, representante del Vaticano, el embajador Vincent de Canadá y Michel Minning de la Cruz Roja integraban desde el 18 de enero, un mes y un día después de la toma, la denominada “comisión de garantes”.

Cuando Cerpa pensaba que la crisis duraría como máximo dos semanas, comprobó con resignación que, a más de un mes de su acción, recién se había nombrado a la comisión que garantizaría los eventuales acuerdos.

Fujimori demostró durante las primeras semanas, toda su sagacidad como político. Primero que nada adquirió un perfil bajísimo, pero seguía de cerca los acontecimientos, colaborado permanentemente por su asesor Montesinos.

Al no hacerse ver en todo el primer mes, Fujimori le dio a su gobierno la fuerza de la indecisión, tan importante en casos como éste. Ello desesperó a Cerpa y a los emeretistas, y si bien prolongó la crisis más de lo esperado, todo respondía a un objetivo mayor: no ceder en nada y procurar preparar las condiciones de un asalto militar con la menor cantidad de muertos posible. Hacia afuera, las declaraciones debían ser contundentes: “No se usará la violencia, queremos un acuerdo de paz”. Pero mientras tanto, no importaba que se dilataran las negociaciones. El, y no Cerpa, podía preparar un asalto militar.

El 28 de diciembre, antes de que el “comandante Evaristo” permita la liberación de 20 rehenes, se había producido el primer contacto directo entre el jefe terrorista y Palermo, en la residencia. Si bien no se avanzó mucho, ambos prometieron no usar la fuerza para solucionar el conflicto. Ese día empezó el largo proceso de procurar convencer a Cerpa que su exigencia de liberación de 450 detenidos del MRTA estaba completamente fuera de lugar.

-“Debe entender, don Néstor, que eso es imposible. Ya ha logrado bastante con todo esto. Tiene una publicidad mundial, la aquiescencia de salir al exilio y la promesa de un jugoso rescate. De yapa, logrará la mejoría en las cárceles peruanas, un éxito mayúsculo para un grupo como el MRTA. Deponga su actitud intransigente”, le dijo Palermo en una de sus largas conversaciones. “Sepa usted que el Presidente no cederá en la liberación de sus compañeros”.

-“Si el Presidente es terco, yo también puedo serlo. Veremos quién puede esperar más. Yo me puedo quedar aquí por meses o años, pero la presión lo obligará a él a ceder”, respondía Cerpa con una testarudez digna de un personaje de ficción.

Pero fue Cerpa quien cedió en sus posiciones. De los 450 encarcelados del MRTA que deseaba liberar bajó a 20 en un largo período de cuatro meses. Pero seguía siendo mucho para el gobierno, que no cedería ante el “chantaje terrorista”.

El 11, 14 y 15 de febrero se reunieron en una casa contigua a la residencia el representante de Cerpa, Roli Rojas, con Palermo y los tres miembros de la comisión de garantes. Las reuniones fueron infructuosas. Rojas se mantuvo en su posición de liberar a todos los emeretistas presos y Palermo no hizo más que rechazar esa posibilidad.

A los involucrados en el diálogo les parecía desequilibrado el proceso en el que éste se hacía: las medidas de seguridad para que Roli Rojas llegue a la casa eran tan aparatosas -auto blindado y de vidrios negros incluidos- y los resultados tan escasos.

El 15 de febrero, Palermo anunció la ruptura de las negociaciones, “porque no nos llevan a nada bueno”. Aquello implicaría que la comisión debía reunirse con ambos bandos por separado y comunicarles las decisiones del oponente. Más largo y más complicado.

Pese a los iniciales ofrecimientos de Palermo, en sentido Que. se aceptaría la salida hacia Cuba y el mejoramiento del régimen penitenciario, las negociaciones se estancaron. Cerpa estaba psicológicamente agotado con las conversaciones, que no iban a ninguna parte. Después de semanas de diálogo, Palermo aceptó nuevamente que los emeretistas salieran a Cuba. Pasaron aún varias semanas para poder ingresar al tema de la flexibilización del reglamento penitenciario. Cada pequeña cosa era tratada con una parsimonia desesperante, en aquella sala del primer piso en la que se desarrollaban las reuniones.

Sus seguidores en la residencia estaban ya en el borde de la desesperación. Necesitaba con urgencia de actividades que mantengan a sus hombres tranquilos, sin la ansiedad del deseo de salir de la residencia. Allí no había 72 rehenes, sino 86, porque había que incluir a todos los miembros del MRTA.

13. Fútbol bendito, fútbol maldito

Fue entonces cuando Cerpa ideó con Rojas organizar el campeonato de fulbito. Cerpa era un ferviente hinchista del fútbol, seguidor de la selección peruana y de Universitario de Deportes, y había jugado incontables veces con su hijo Néstor, a quien trató de inculcar desde pequeño el amor por el deporte. Jugaba pese a su sobrepeso y a su problema en la pierna izquierda.

-“Les voy a demostrar quién es el rey del fútbol aquí”, les dijo Cerpa a sus hombres. “Desde mañana haremos un campeonato de fulbito, con tres equipos de cuatro jugadores cada uno”. Las dos mujeres no jugarían.

Uno de los emeretistas más jóvenes preparó la pelota, usando trapos y telas viejas, y cosiendo con cuidado las partes externas. El torneo fue todo un éxito, ya que les permitía liberar las tensiones y sacar sus pensamientos de la impaciencia en la que se encontraban.

Cipriani aceptó una vez la invitación a jugar fulbito. Con su cuerpo atlético y su pasado de seleccionado de basquet, les demostró que una sotana no es impedimento para marcar goles.

También se sumaron al campeonato el magistrado Giusti y el embajador Vincent, aunque jugaron sólo una vez. Sentían que su verdadera lealtad estaba con los rehenes, no con quienes los mantenían por la fuerza en un encierro injusto. Para explicarle los motivos por los que no jugaría, el congresista Blanco le dijo a Cerpa: -“Cuando usted me saque tarjeta roja, yo me iré de la residencia. Y eso no le gustará”.

El triangular de fulbito se volvió una costumbre. Entre las 15.00 y las 16.30, los emeretistas no hacían otra cosa que patear una pelota. Cerpa jugaba descalzo, lo que le provocó heridas en el

pie derecho, con el que pateaba la pelota. Los médicos de la Cruz Roja le curaban periódicamente sus heridas.

El domingo 20 de abril, sólo dos días antes de la acción militar, el “comandante Evaristo” le dijo a Siura que no se preocupara. -“Si todo sale bien, antes del día de la madre (12 de mayo) estaremos todos fuera”.

Y es que desde mediados de abril, el gobierno le había dado a entender que podría liberar a 20 emeretistas que no hubieran estado comprometidos en delitos de sangre y que se suavizaría el régimen carcelario. Eso, más el salvoconducto para salir al exilio y el pago del “impuesto de guerra” por parte de Japón, ya eran suficientes ganancias.

Pero lo que en realidad quería el gobierno es que Cerpa se confíe.

Cuando el 20 de abril el jefe terrorista les dijo que todos estarían libres para el día de la madre, ya era demasiado tarde. Los 190 metros de túneles construidos debajo de la residencia habían sido completados, los comandos estaban preparados para actuar, las microcámaras de televisión les daban diariamente a los agentes de inteligencia imágenes del interior de la residencia, los micrófonos permitían conocer todo lo que se hablaba. Ya no valía la pena llegar a un acuerdo con el MRTA. La opción militar, negada hasta el cansancio por las autoridades, estaba en marcha.

El 22 de abril, el mismo día del ataque militar, Minning fue a la residencia en horas de la mañana, en una visita de rutina. Cerpa y Rojas le preguntaron porqué desde hacía cuatro días el obispo Cipriani no aparecía por la residencia. -“¿Cuál es la enfermedad que tiene?”, inquirió el jefe guerrillero. “Dígale que esperamos su pronta recuperación”, añadió. Vincent llegó a la una de la tarde y habló con todos los captores. El jefe del comando terrorista le ratificó su decisión de un día antes, de que las visitas de los médicos se espacien a una vez por semana y ya no sean de carácter diario. El “comandante Evaristo” intuía que la presencia de tantos objetos y tanta gente externa en la residencia era parte de un plan de inteligencia.

-“Hasta mañana, embajador”, le dijo Cerpa a Vincent con un tono relajado. “Le ruego que le entregue este mensaje al monseñor Cipriani”, le dijo, entregándole una carta manuscrita de 11 líneas.

-“Hasta mañana”.

14. Operación Chavín de Huántar

Al cumplirse los ocho días de la toma de la residencia por parte del MRTA, en el gobierno aún había gran confusión y desconsuelo. El asalto del grupo terrorista había llegado en el peor momento, cuando las encuestas empezaban a demostrar que la popularidad de Fujimori no era eterna ni imbatible.

Los niveles de crecimiento del PIB estaban en declinación -después de un par de años históricos- y las inversiones llegadas al país no ayudaban a solucionar los problemas del desempleo y subempleo, los temas medulares de la sociedad peruana de fines de siglo. Además, la audacia de los extremistas había dejado en claro que la insistente versión de Fujimori de que el terrorismo estaba derrotado, era una falacia. Estaba casi derrotado. Ese 25 de diciembre llegó Vladimiro Montesinos hasta el despacho del presidente, con la pasmosa tranquilidad de siempre. Les ofreció a todo el personal administrativo las felicitaciones por la celebración de Navidad, y posteriormente se reunió con Fujimori.

-“Tenemos que pasar a la acción. Creo que lo que debemos hacer es construir túneles por debajo de la residencia. Con un grupo de unos 50 expertos en excavaciones creo que podremos lograr resultados más o menos rápidos”, le dijo Montesinos a Fujimori con la fe en sí mismo de siempre.

-“¿Y para qué queremos hacer túneles?”, preguntó el presidente con su tono directo y sin vueltas.

-“Creo que si tenemos suerte, podremos acceder a la residencia desde varios puntos del jardín en alguna madrugada y hacer un asalto militar. Es posible que resulte. Eso lo iremos viendo con el tiempo. Por eso no es necesario que lleguemos a acuerdos inmediatos con los terroristas”, respondió.

-“¿Pero acaso el jardín no está plagado de minas? ¿No ponemos en riesgo la vida de los efectivos que pudieran ingresar?”

-“Ya ubicaremos el lugar donde están las minas, no hay problema en ello”, dijo, explicándole que en un lugar alejado de Lima, se construirían en breve casas de madera de dos plantas idénticas a la residencia del embajador, donde se efectuarían los entrenamientos de los comandos.

-“En caso de optar por el operativo militar, creo que tendríamos que hacerlo una vez que los comandos estén entrenados al milímetro en la operación”, dijo el asesor presidencial.

Al principio el plan no tenía mucha claridad. Se iban a hacer los túneles y luego a establecer los pasos a seguir. Por lo menos era algo en medio de semejante crisis, con 2200 periodistas, la mitad de ellos extranjeros, informando las 24 horas del día sobre la audacia emergetista. Había que trabajar con sigilo y paciencia, pero sin desperdiciar el tiempo.

Fujimori accedió a la idea de su interlocutor, y reclinándose en su mullido asiento le dijo : -“¿Se llamará operación Navidad, entonces? Digo, considerando la fecha...”.

-“Sí, me parece bien, que se llame operación Navidad”.

A los pocos días quedó claro también que era necesario conocer los movimientos de los guerrilleros y que para eso había que instalar un masivo aparataje tecnológico en las afueras de la residencia japonesa. La tecnología de punta ayudaría a los servicios de inteligencia a conocer las conversaciones, las rutinas, los armamentos, las caras y las voces de todos los terroristas.

-“Si creen que se van a salir con la suya, están muy equivocados”, dijo Montesinos pensando en un exitoso operativo militar. “Lo que hay que tratar de hacer es que Japón nos deje cierto margen de acción y que no insista tanto públicamente en su deseo de una salida negociada”.

-“De todas formas, si Cerpa acepta salir al exilio y la mejoría de las cárceles, aceptaré dejarlos ir”, dijo Fujimori como esperando una respuesta negativa.

-“Esa es decisión tuya”, le dijo el jefe de los servicios de inteligencia peruanos.

El plan, dirigido por Montesinos, se puso en acción de inmediato. Tenía las siguientes características:

Alrededor de la residencia se instalaron cuatro lugares estratégicos de escucha. Uno de esos puntos eran los pisos dos y tres de la Clínica Italiana que queda al lado de la residencia y que se mantuvieron cerrados al público desde pocos días después de la toma de la embajada. Otro centro de escucha se instaló a pocos metros del frontis de la residencia, un tercero en uno de los chalets de la parte trasera. El cuarto punto de escucha, en un edificio contiguo a la avenida 2 de mayo.

Se dispararon haces de rayos infrarrojos desde fines de diciembre que fueron utilizados como sistema de percepción remota o teleobservación. Los haces eran lanzados desde el satélite estadounidense Landsat sobre la residencia, y traducidos a una computadora. El fin era rastrear el desplazamiento de los secuestradores y rehenes en el interior y determinar la ubicación de las 25 minas explosivas que habían instalado los emeretistas. Una estación instalada en las cercanías de la residencia recibía las señales, las descodificaba y las transformaba en imágenes. El sistema requiere condiciones de cielo despejado por lo que el retraso a Lima de la llegada de las nubosidades otoñales fue un aliado de Fujimori.

También se bombardeó la residencia con chorros de microondas. Esos rayos, disparados sobre las ventanas de la residencia, ingresan por los más mínimos resquicios y se convierten en el gran conductor a través del cual sofisticados equipos de recepción captan conversaciones producidas hasta a cien metros de distancia.

Se tendió un manto de señales de perturbación del espacio electromagnético sobre todo el espectro de la residencia con el fin de impedir el ingreso de las llamadas telefónicas por celulares o *beepers*. Este manto electrónico era interrumpido en determinadas horas, un mes después, para posibilitar la transmisión de mensajes a uno de los rehenes, el Vicealmirante Luis Giampietri, convertido en el enlace entre los servicios de inteligencia y la residencia.

La segunda parte del plan ideado por Montesinos consistía en comunicarse con Giampietri y el resto de los rehenes militares y policías. Ello implicaba la necesidad de introducir micrófonos a la residencia, del tamaño de la cabeza de un fósforo, tarea que no era nada fácil.

A fines de enero, al cumplirse el primer mes de la toma, y con la construcción de los túneles a todo vapor, Giampietri revisó con detenimiento el cuadro con la imagen del Corazón de Jesús

que acababa de ser ingresado por personal de la Cruz Roja y que, según indicios que le llegaron del exterior, era portador del primer micrófono.

Le costó varios minutos poder detectarlo, tan pequeño y tan bien camuflado como estaba. Una vez ubicado, en voz baja y esperando un momento de soledad en su habitación, se comunicó con los servicios de inteligencia.

-“Si éste es efectivamente el micrófono de comunicación, deseo que ustedes me lo confirmen, colocando dentro del menor tiempo posible la marcha de la Marina peruana”, dijo Giampietri. Y la marcha se escuchó.

Giampietri es propietario de una impresionante carrera militar, en la que se ha destacado en cada una de sus facetas. Antiguo comandante de la Fuerza de Operaciones de la Marina (FOE), es reconocido como uno de los mejores oficiales operativos que ha pasado por esa institución.

Junto al comandante Juan Vega Llona -asesinado posteriormente en La Paz por un terrorista de Sendero Luminoso-, tuvo participación clave, en junio de 1986, en la rendición del motín de presos senderistas en El Frontón. El alto mando de la Marina le encomendó, poco después, crear un grupo especial para intervenciones de alto riesgo y protección de dignatarios.

Este fundador del Servicio de Buceo y Salvataje de la Marina de Guerra del Perú llegó a dirigir la escuela naval y en 1994 promovido a jefe del Estado Mayor de la Armada, el número dos de la institución.

Con toda esa experiencia en sus espaldas, el mismo 18 de diciembre, un día después de la toma de la residencia por parte del MRTA, Giampietri empezó a buscar micrófonos que hubieran podido estar previamente instalados en la residencia.

Para la sorpresa de sus compañeros de cautiverio, el Vicealmirante empezó a hablarle a las flores, las paredes, las ventanas y los inodoros. Más de un rehén se preocupó por su salud mental.

La búsqueda de micrófonos previamente instalados fue infructuosa, por lo que en cartas cifradas pidió la introducción de uno del exterior. El jefe del comando guerrillero que dirigía la toma del MRTA se había despreocupado a partir de la tercera semana de revisar con minuciosidad todo lo que ingresaba.

El Vicealmirante comunicó a los servicios de inteligencia la distribución de los subversivos según habitaciones, sus turnos de guardia y de sueño, sus horas de higiene personal y de intimidad sexual, sus entrenamientos para casos de intervención y sus momentos de distracción. Los servicios de inteligencia empezaron a construir una tabla pormenorizada de las rutinas de Cerpa y sus hombres.

Ante el éxito de la introducción del primer micrófono, los servicios de inteligencia se entusiasmaron con la posibilidad de introducir más de ellos. Uno ingresó en el trasfondo de la guitarra que usaba Dante Córdova, que tenía la importancia de permitir conocer en detalle lo que sucedía en los ambientes no militares. Otros aparatos de ese tipo fueron introducidos en un

termo para líquidos, en un crucifijo y un espejo, y otro más sofisticado todavía (trasmisor-receptor) ingresó el último domingo antes del asalto militar, en una Biblia.

Pero eso no era todo. Al día siguiente de la toma del MRTA, Giamprieti recuperó de entre los rehenes todos los *beepers* y buscapersonas que fue posible. Todos, menos uno, fueron requisados por los guerrilleros. Este, de alerta por vibración y que entrega mensajes en un pequeño visor, (no puede enviarlos) funcionó los 126 días, oculto en la habitación de los militares.

Una de las dos caras de la moneda del plan de Montesinos era la acción tecnológica. La otra era la construcción de los túneles, los que, desde fines de marzo tenían el objetivo de poder lograr el ingreso -desde los cimientos de la casa- de los varios kilos de explosivos necesarios para hacer volar la sala de la planta baja. Para entonces estaba claro que el campeonato de fútbol organizado por Cerpa iba a ser mantenido sin interrupciones. Giampietri ya había dado el horario aproximado de la acción militar: entre las 15 y las 16 horas, con toda la luminosidad de las tardes limeñas encima.

Un grupo de militares llegó la primera semana de enero a la localidad de Cerro de Pasco, en el departamento de ese nombre, 315 kilómetros al noreste de Lima. Reclutaron por la fuerza a 60 mineros de la empresa Cetromin, y se les dijo que debían realizar un trabajo “especial” en el norte peruano. Sin embargo, fueron conducidos por avión a Lima, donde nunca supieron con exactitud dónde se encontraban ni qué tipo de trabajo estaban realizando.

En turnos de doce horas, que empezaron el 13 de enero cuando en los alrededores de la residencia los militares instalaron potentes altoparlantes para difundir marchas militares, el trabajo inicial estaba concluido en tres semanas. Era un túnel de 1.60 metros de altitud y de 1.40 de ancho, cuyo piso estaba tapado con un vinil rojizo para evitar el polvo, y dotado de lámparas y ventiladores colocados cada tres metros.

Sin embargo, se decidió hacer otras siete galerías, hasta completar 190 metros lineales de galerías y cubrir todo el perímetro del jardín de la residencia.

Una de las galerías tenía un boquerón de siete metros de profundidad, es decir, la altura de una casa de dos pisos, por lo que se requería de todo un sistema de escaleras y cordeles para trepar.

En un ala lateral se construyó una sala de planificación, donde los comandos evaluaban la marcha de la construcción y del operativo. Hasta construirlos completamente, los mineros retiraron 500 toneladas de tierra de las entrañas de San Isidro, en los pies mismos de Cerpa.

Dos fechas fueron dramáticas para el gobierno en el tema de los túneles: cuando Cerpa denunció su construcción, lo que obligó a suspender las actividades de los mineros por unos días, y cuando se produjo la muerte de dos de ellos, por un derrumbe interno. Para las familias de los mineros, sin embargo, el drama ha sido permanente. Tres semanas después de la toma militar, en pleno mayo de 1997, aún no habían vuelto a sus casas. Sus familiares no sabían nada de ellos desde principios de enero.

-“Lo que más me indigna de todo esto es que la región policial séptima de Lima no haya actuado como debía para evitar el asalto del MRTA. Me parece insólito que les hayan llegado los partes de inteligencia y que se hayan inhibido de actuar”, dijo Fujimori al concluir su reunión con Montesinos, el día de la Navidad.

-“No te preocupes, ya tendremos los túneles”, le dijo éste.

15. Asalto militar

El astrólogo uruguayo Boris Cristoff anticipó el 2 de enero que la crisis de los rehenes tendría un desenlace armado en abril, al iniciarse la conjunción guerrera de Júpiter y Urano: “Hasta abril, el gobierno del Perú flotará como un corcho pero luego tomará decisiones drásticas y hasta dictatoriales”, dijo Cristoff al comprobar que en abril terminaba el enlace pacifista Júpiter-Neptuno.

Cerpa, completamente ajeno a los dictados de los astros, tuvo también un presentimiento. A las 12:53 del 22 de abril, es decir dos horas y 29 minutos antes de que se produjera la explosión que voló el piso en el que jugaba con sus compañeros del MRTA, le escribió una nota a monseñor Cipriani. Minutos después, aprovechando la breve visita del embajador Vincent, Cerpa la entregó a éste para que la envíe a la casa del monseñor.

“Usted me sabrá comprender algún día que a veces, para alcanzar la justicia, no nos queda más que lograr cosas extremas como la ocupación que hemos hecho. Créame, monseñor, que estamos muy preocupados por su salud, y deseosos de que se recupere lo antes posible. La verdad, monseñor, en particular me siento un poco culpable del deterioro de su salud. Néstor Cerpa, 22 de abril, 12:53”, decía el mensaje.

Los túneles bajo sus pies ya estaban concluidos desde hacía tres semanas. Un operativo militar había sido abortado la noche del 21 de abril a último instante, por lo que Cerpa pudo no haber escrito jamás el último mensaje para Cipriani. A las 15:22, cuando Cerpa y otros siete de sus compañeros jugaban uno de los tradicionales partidos de fulbito, estallaron bajo sus pies los cuatro kilos de ciclotina, un poderoso explosivo utilizado en la guerra de Vietnam y colocado especialmente para el efecto.

“Nos jodimos, nos jodimos”, gritó Cerpa, herido en el cuerpo y en el alma. De inmediato se dio cuenta que el operativo militar sería un éxito, considerando que varios de sus hombres acababan de fallecer y los otros estaban en su período de menor alerta.

Cojeando corrió hacia la escalera y alcanzó a subir unos 20 peldaños, hasta que una ráfaga de metrallata le destrozó las piernas y dos tiros le abrieron el pecho. Dos tiros adicionales, en la mejilla y en la frente, decretarían su fallecimiento. Tito murió en el momento en que gritaba que no lo maten. Roli Rojas había fallecido destrozado por la explosión. Otros seis murieron por

efecto de la explosión y de la balacera. Sólo quedaban cinco emeretistas vivos después de la primera incursión de los comandos.

Melisa y Giovanna quedaron petrificadas al escuchar la primera explosión, y aterrorizadas más tarde con las siguientes y con el masivo ingreso de militares con traje camuflado. Era lo menos que esperaban enfrentar, en medio de la modorra en la que se encontraban. “Nos rendimos, nos rendimos”, alcanzaron a gritar en medio de un ensordecedor escenario en el que nadie escuchaba nada. Fueron abatidas. Quedaban sólo tres extremistas con vida. Uno murió pocos minutos después, cuando los comandos hicieron un forado en uno de los techos y le dispararon. Coné había ingresado al pabellón “C” y comprobado de un vistazo que unos 15 rehenes, incluidos Aoki, Gumucio, Tudela, Muñante y Pedro Fujimori, estaban allí, echados en el suelo. Vio que las puertas que daban a la pequeña terraza, incluso la blindada, estaban abiertas. Miró al ministro Muñante y pensó dispararle. No lo hizo. Tampoco tuvo el valor de hacer estallar sus dos granadas de fragmentación. Disparó en cambio hacia la puerta abierta y emprendió la retirada. En ese momento cayó abatido. Otra pudo ser la historia de la operación “Chavín de Huántar” si Coné se hubiera animado a jalar la espoleta de sus dos granadas.

El último guerrillero con vida en la residencia ingresó al pabellón usado por los jueces de la Corte Suprema. Disparó una ráfaga contra el closet, donde habían ingresado Sivina, Serpa Segura, Urrelo y Giusti. Las balas impactaron la vena femoral de este último, que murió más tarde víctima de un paro cardíaco producido por la hemorragia interna. La misma ráfaga hirió a Urrelo, aunque no de gravedad. El terrorista que disparó contra el closet logró alcanzar el pabellón “C” y salir a la terraza, por la que más tarde los rehenes serían evacuados. Disparó contra Tudela pero no logró matarlo. Sus disparos alcanzaron al comandante Juan Valer Sandoval, que tenía la misión de proteger al canciller.

Valer recibió cinco heridas mortales, una de ellas, sin orificio de salida, le alcanzó el pecho en el lado derecho, justamente donde el chaleco antibalas no llegaba a protegerlo. Un segundo proyectil entró a la altura de la cintura, donde terminaba el chaleco. Un tercero y cuarto ingresaron a su pierna derecha y un quinto a la parte interior del muslo izquierdo, cerca de la entrepierna.

Era un hombre ejemplar, amante de su esposa y sus hijos, Valeria, de 11 años y Goran, de tres. De 38 años, entre el 94 y el 96 se desempeñó como jefe de seguridad de Kenji, hijo del presidente Fujimori, con el que construyó una sólida amistad.

En la balacera había muerto también el joven oficial Raúl Jiménez, alcanzado por las balas de los terroristas. Jimenez pensaba casarse el 11 de septiembre, el mismo día que lo habían hecho sus padres. Ya antes Jimenez se había portado como un héroe. Durante la guerra entre Perú y Ecuador en el Cénepa, en enero de 1995, cargó por centenares de metros a un capitán de Ejército que había sido herido, salvándole la vida. “Usted no se me muere”, le decía insistentemente al capitán mientras lo transportaba.

140 comandos de la Marina y el Ejército peruano desarrollaron en 35 minutos la más audaz y arriesgada operación militar antiterrorista en la historia de América Latina. Con banderas de tela en la frente con la palabra “Cénepa”, que indicaban que habían participado en la guerra con Ecuador, los comandos habían entrenado hasta el cansancio y en todos sus detalles el operativo. Todos tenían en el cuerpo agotadoras sesiones de entrenamiento para comandos, con la más severa preparación imaginable.

Después de la primera explosión, dos grupos, cada uno con una docena de hombres, se movieron velozmente con escaleras y ametralladoras livianas en los jardines de la residencia. La puerta delantera de ésta voló dejando una llamarada, y el eco del estruendo fue seguido por ráfagas de ametralladora y luego por nuevas explosiones. A los primeros rehenes liberados se les ordenó pegarse como estampillas a las paredes para evitar ser heridos por el fuego cruzado. Los comandos estaban divididos en dos grupos, uno destinado a combatir y el otro a rescatar a los rehenes.

Del exterior de la residencia, y gracias al *beeper* de comunicación, los rehenes militares fueron los primeros en enterarse de que siete minutos más tarde se iniciaría el ataque. Algunos de ellos empezaron, con sigilo, a avisar al resto, empezando por Aoki, Gumucio, Tudela y Pedro Fujimori. Unos 30 rehenes en total lograron conocer de la operación de rescate con antelación. No se pudo informar a todos. Dos japoneses fueron impedidos de bajar las escaleras al primer piso para cumplir con sus trotes vespertinos. Si llegaban a bajar, podrían morir en la balacera. El congresista Eduardo Pando era el encargado de abrir las puertas de la sala “C”. Cuando fue informado que en siete minutos se iniciaría la operación, Pando abrió la puerta blindada y la de madera que daba a la terraza. Pudo hacerlo porque después de varias semanas de búsqueda había encontrado las llaves. Todos siguieron jugando cartas, desenchajados por la ansiedad, mientras esperaban el rescate. Sonó la primera explosión, que provocó que cayeron partes del techo del segundo piso a la cabeza de los rehenes. Muchos pensaron que eran sus últimos días. Vino en seguida la segunda explosión. Jorge San Román entró al baño, lo acompañaron varios. Se quedaron en la habitación Pedro Aritomi, Juan Mendoza y otra decena de rehenes. Se habían escuchado ya la segunda y tercera explosiones. Con la cuarta explosión, Aritomi y Mendoza fueron lanzados a cuatro metros de donde estaban. El primero quedó herido en la pierna mientras el segundo perdió el conocimiento. Despertó minutos después muerto de miedo. Ambos se arrastraron hacia una ranura de luz, que les indicaba el lugar de la puerta. Aritomi la empujó y salió a la terraza. Era el primero en salir.

Decenas de familiares veían horrorizados la televisión, que en directo mostraba explosiones y humaredas en la residencia, pero que no daba indicios de cuál era la situación de sus seres queridos.

Al día siguiente fueron los entierros, con honores, de Giusti, Valer y Jimenez. Los 71 cautivos liberados con vida y todo el Perú asistieron impactados al drama de sus familias. Los

magistrados de la Corte Suprema recordaron con el corazón desecho a su amigo, jefe del Organismo de Control de la Magistratura y hombre excepcional, convencido de la necesidad de erradicar de la justicia peruana la corrupción y el abuso. Había cumplido 56 años en cautiverio, el 25 de enero.

Un día después llegó el momento de enterrar a los 14 guerrilleros muertos. A todos ellos se les efectuaron las autopsias que indica la ley, pero los resultados de éstas no han sido entregados por la Policía. Cerpa y Rojas fueron los únicos en recibir cristiana sepultura, en los cementerios de Nueva Esperanza y Los Sauces de San Juan de Lurigancho, respectivamente. Los otros doce cadáveres fueron sepultados como no identificados por disposición de autoridades, en los camposantos de Huachipa, Comas y Pachacamac.

Cerpa yace sepultado en una tumba de cascajo y tierra en un sepulcro abierto a mitad de ladera, en un gigantesco cementerio clandestino que alberga a 60.000 almas desparramadas por doquier y cuyos límites colindan con un criadero de cerdos. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados”, escribió alguien en uno de los dos papelitos blancos que colgaban del tallo de una flor el día del entierro. Un sacerdote dio las palabras de circunstancia: “nos invade el dolor, la tristeza y la rabia por los hechos que todos conocemos. Los restos de Néstor Cerpa están en un lugar popular, junto al pueblo por el cual vivió. Lo quisieron ocultar pero lo encontramos y ahora podemos rezar por él”. Rosa Cartolini, tía de Cerpa, su prima Irma, su hermano Rolando y su cuñado Teodosio le pidieron al sepulturero Alberto Vuocc que prepare una cruz, la pinte de negro y la clave en la cabecera de la fosa. En el sepelio de Rojas, estuvieron sus padres Marís y Rodolfo, y sus cinco hermanos, incluido Edy, su mellizo, tan semejante a él que parecía Roli resucitado.

El MRTA, casi agonizante, ya no tiene líderes. Hugo Avellaneda Valdéz, de 41 años, de pelo crespo y gruesos anteojos, es el nuevo líder que tratará de hacer algo con los despojos de su organización. Pese a todo, el MRTA ya ha anunciado venganza.

Nadie se explica ya tantas muertes, tanto odio entre hermanos, tantos abismos de desconfianza mutua. Nadie se explica ya la locura de la acción terrorista ni los excesos y las torturas de la Policía. “que sea una oportunidad para iniciar una verdadera pacificación” dijo el padre Wicht días después de ser liberado.

Nestor Cerpa, huérfano de padre y alejado de su madre encarcelada, tampoco entiende nada. Pese a ello le escribió al Presidente Fujimori una breve carta, ocho días después de la muerte de su progenitor.

Señor Presidente Alberto Fujimori:

Desde que mi mamita fue detenida nuestras vidas cambiaron mucho. Nosotros éramos una familia muy feliz, extrañamos sus besos, caricias y la oración de cada noche para dormir tranquilos y amanecer juntos.

Mi querido papá perdió la vida en una acción que la viví desde un comienzo con bastante angustia y también con esperanza. Pero algo llamó mucho mi atención, ver por televisión salir a su mamita de la Embajada, es por eso Señor Presidente el motivo de mi carta, así como mi papá le devolvió a su mamita le pido haga usted lo mismo con nosotros y permita que mi mamá se reúna con mi hermanito y yo, ahora que la necesitamos más que nunca.

Con la esperanza de que le de importancia a mi carta. Se despide de usted,

Néstor Cerpa hijo

F I N

Fuentes utilizadas en la redacción del libro

Capítulo 1

El ambiente del departamento en Nantes de la señora Felícita Cartolini al conocerse la muerte de Cerpa, de los reportes de las cadenas ECO, CBS-Telenoticias y CNN.

La versión de que Juan Carlos, el hijo de Cerpa y Gilvonio, nació en Santa Cruz fue tomada de La República de Lima del 25 de abril de 1997.

La versión de que Cerpa y Gilvonio usaban los apellidos Mita Calle, de la República del 25 de abril de 1997 y del diario El Mundo de Santa Cruz del 1° de enero de 1997.

La versión de que Cerpa y Gilvonio visitaban la cárcel de Chonchocoro con su hijo recién nacido, de la República del 25 de abril de 1997.

La versión de los estudios de Lori Berenson en MIT, del New York Times del 29 de abril de 1997, según despacho de la agencia ANSA. La versión de la detención de Rincón Rincón y el resto de emeritistas, de la prensa peruana, 1995.

La versión de que los niños partieron en enero de 1996 a Nantes, de Panamericana de Televisión, tomado por despacho de ANSA del 30 de diciembre de 1996

Capítulo 2

Referencias del desempleo, de los datos oficiales dados por el ministro peruano del trabajo, Jorge González Izquierdo, el 9 de mayo de 1997 durante una interpelación congresal.

Los datos sobre la cantidad de muertos producidos en la guerra antiterrorista son polémicos. El presidente del organismo de Derechos Humanos APRODEH, Jaime Jugo, estimó que un 60 por ciento de las muertes fueron provocadas por el terrorismo (entrevista personal, Lima, 8 de mayo de 1997). El ex congresista Ricardo Letts estima que los movimientos terroristas solo causaron el 20 por ciento de las muertes totales.

El perfil biográfico de Polay Campos, de la entrevista personal a Otilia Campos, Lima, 9 de mayo de 1997.

La versión sobre el impacto de la muerte de Huerta en la vida de Cerpa, de El País de Madrid del 28 de abril de 1997.

La versión sobre la toma de la fábrica Cromotex, despacho ANSA del 20 de diciembre de 1996.

La versión de la timidez de Cerpa, en despacho de Reuter del 22 de abril de 1997, citando a su cuñado, Teodosio Gilvonio

La versión sobre la toma de las ciudades, despacho de IPS del 22 de abril de 1997 y de la entrevista personal a Otilia Campos.

La versión de los secuestros de Onrrubia e Iraoca, , despacho ANSA del 20 de diciembre de 1996.

La versión de la muerte del general López Albuja, despacho ANSA del 20 de diciembre de 1996 y en el despacho de la agencia EFE del 22 de abril de 1997.

La versión del apresamiento de Polay Campos, despacho de la agencia EFE del 22 de abril de 1997. La versión sobre las torturas, de la entrevista personal a Otilia Campos.

La versión sobre el bombardeo en Miraflores y el apresamiento de Rincón Rincón, del despacho de EFE del 22 de abril de 1997.

La versión sobre el apresamiento de Lori Berenson y Nancy Gilvonio, del despacho de ANSA del 19 de diciembre de 1997.

Capítulo 3

Un interesante despacho de AFP del 26 de abril de 1997 habla del mes de abril en la vida de Fujimori y del MRTA.

Los datos sobre la economía peruana, de la entrevista personal a Pilar Dávila, de la empresa Apoyo, Lima, 9 de mayo de 1997.

El dato del despido de 300.000 personas, del despacho de Reuter del 4 de abril de 1997.

La cantidad de agentes del servicio de inteligencia, del despacho ANSA del 27 de abril

El aumento de los ingresos de Montesinos, de la investigación del canal 2, despacho ANSA del 3 de mayo.

Algunos dirigentes políticos e intelectuales califican al régimen peruano como “dictadura disfrazada”, como es el del escritor Mario Vargas Llosa.

Los ataques contra el Fiscal de la Nación y los cuatro miembros del Tribunal Constitucional, del diario El Sol de Lima, 11 de mayo de 1997

La acusación contra la magistrada Revoredo, de El Comercio de Lima del 9 de mayo de 1997

Las versiones de las torturas y muerte de las agentes de inteligencia, en la prensa peruana de los meses de abril y mayo de 1997.

La versión del ataque contra Javier Diez Canseco y Gustavo Saberbein, de La República del 27 de abril.

La versión de la detención de los 38 campesinos, de la entrevista personal al presidente del APRODEH, Jaime Jugo. La versión sobre el tipo de torturas, en el informe del diario La República, del 27 de abril de 1997.

La versión sobre el régimen carcelario peruano, de las entrevistas personales a Jaime Jugo y Otilia Campos y de un informe de El País de Madrid del 27 de diciembre de 1997.

Capítulo 4

La versión de que Cerpa estaba en la selva antes de asaltar la residencia del embajador japonés, de la prensa peruana de diciembre de 1996.

La República informó que Cerpa seguía un diario de vida en la residencia tomada. Se puede suponer que tenía otro en su domicilio.

La versión sobre los nombres de los padres de Lori, su actividad profesional y los estudios en el MIT, del New York Times del 29 de diciembre de 1996, según despacho de ANSA.

La versión de que Cerpa extrañaba a su esposa y quería su liberación como primer objetivo, de la entrevista concedida en diciembre de 1996 a los diarios La Vanguardia y El País de España y del despacho de Reuter del 22 de abril de 1997, y de la carta enviada a su hijo el 13 de abril de 1997, reproducida por La República el 2 de mayo de 1997. La versión de que quería una vida “normal” para sus hijos, de la misma carta.

La versión del transporte de las armas camufladas en camiones de frutas, de la policía peruana, diarios peruanos, enero de 1997 y de las declaraciones del emeritista Darío Pérez Velarde a la Policía, tomadas por despacho de ANSA.

Todos los nombres que se adjudican a los emeritistas son solo algunos de los que usaban.

Durante la toma de la embajada usaron varios de ellos. Algunos de los nombres presentados aquí les fueron colocados por los rehenes, como el caso del 22 y Ojitos.

La versión del nombre de Luz Villoslava, de sus padres a la prensa peruana, 22 de abril de 1997
La versión del secuestro de Luz Villoslava, de su madre, Eligia Rodríguez de Villoslava, al diario Ojo de Lima, del 25 de abril de 1997.

La versión sobre la cooptación de Giovanna y Juan Carlos Vila Plascencia y la de Gilberto Doroteo Ticona, de Ema Plascencia, en declaraciones al canal 2 de Lima, tomadas por el despacho ANSA del 12 de enero de 1997.

La versión de que Wilson optó por el MRTA por dinero, de la entrevista personal efectuada al ex rehén Carlos Blanco, congresista peruano, el 9 de mayo, Lima

Capítulo 5

La versión del armamento, de La República del 27 de abril de 1997.

La versión de la balacera, de los testimonios de varios rehenes liberados los primeros días, prensa peruana de diciembre de 1997.

La versión de los gritos e insultos de los emeretistas, de la entrevista personal al congresista Blanco.

La versión de la ayuda médica para Tito, del despacho de ANSA del 30 de diciembre de 1996 y de la prensa peruana de diciembre.

La versión de la amenaza de Cerpa al general Domínguez, de las declaraciones del ex rehén Julio Higashi, liberado en enero, según despacho de ANSA del 28 de abril

La amenaza a Gumucio, de sus propias declaraciones, 22 y 23 de abril de 1997.

Capítulo 6

La versión de los trabajos anteriores de Minning, del New York Times del 30 de diciembre de 1996.

El relato de los primeros días en la residencia, de los testimonios a las cadenas CNN y CBS-Telenoticias de los ex rehenes Matsuda, Blanco, Chang Chin, Gumucio, Muñante, una vez liberados.

Capítulo 7

La explicación de que Siura contaba las horas, de su propio testimonio, Panamericana de Televisión, Lima, 24 de abril de 1997.

La explicación de la actividad de la Cruz Roja, prensa peruana de enero de 1997.

Las liberaciones, despachos de agencias internacionales.

El deseo del padre Wicht de permanecer en la residencia, de sus propias declaraciones, prensa peruana de abril de 1997 y entrevista personal, Lima, 8 de mayo de 1997.

Las liberaciones de los presos del MRTA en Uruguay, de despachos de agencias internacionales.

Capítulo 8

La descripción de la casa, despacho de ANSA del 4 de enero de 1997.

La versión de que los emeretistas hacían el amor, de la entrevista personal a Carlos Blanco.

La versión de que los rehenes escuchaban a los emeretistas haciendo el amor, de la entrevista personal al amigo de un ex rehén.

La versión del nombre de "High-life" a la sala donde dormían Aoki, Tudela y Gumucio, de testimonios de ex rehenes, prensa peruana, abril de 1997.

Capítulo 9

El relato de que las dos muchachas mejoraron su relación con los emeretistas, de la entrevista personal al congresista Blanco.

La versión de que las muchachas lloraron, de testimonios de ex rehenes a la prensa peruana, abril de 1997, y de la entrevista personal al padre Wicht.

La versión de que un emeretista no sabía quien era Claudia Schiffer, de La República, 27 de abril de 1997.

La versión de que Wicht perdió solamente una partida de ajedrez, de sus propias declaraciones a La República del 27 de abril.

La versión sobre las rutinas de alimentación y limpieza, del número de cartas y mensajes, los chistes de Sivina, Domínguez y Córdova, y el tipo de juegos de mesa, de La República del 27 de abril de 1997.

La versión de que se realizaban charlas y exposiciones, de declaraciones del embajador Gumucio a la cadena de televisión CNN, 22 de abril de 1997.

La versión de que se tomaron el vino, de la entrevista personal al padre Wicht.

Capítulo 10

El curriculum de Gumucio, de la cancillería boliviana.

El relato del incidente de Cerpa con Gumucio del 7 de marzo, de las declaraciones de éste último a los medios de comunicación de Bolivia, 23 de abril de 1997 y de las entrevistas personales al congresista Blanco y al Padre Wicht.

El relato de que los rehenes zarandearon con fuerza la baranda, de la entrevista personal al congresista Blanco.

El relato de que los emeretistas encañonaban a los rehenes cuando éstos cantaron el himno, del congresista Matsuda, entrevista de Jaime Bayly, CBS-Telenoticias, 24 de abril de 1997.

La versión de que fue bajado a empellones, de la entrevista personal al congresista Blanco.

El relato del incidente de Cerpa con Gumucio del 26 de enero, de las declaraciones de éste último a los medios de comunicación de Bolivia, 23 de abril de 1997.

Capítulo 11

El relato del deseo de los rehenes de contar con armas desde el exterior, de la entrevista de Jaime Bayly al congresista Samuel Matsuda, CBS-Telenoticias, 24 de abril de 1997.

Las denuncias de Cerpa sobre los túneles, de despachos de agencias noticiosas, 6 de marzo de 1997.

La versión de que Cerpa invitó a algunos rehenes a sentir las vibraciones producto de la construcción del túnel, de la entrevista a Matsuda de Jaime Bayly.

La versión de por qué Cerpa llevó a todos los rehenes a la planta alta al conocer la construcción de los túneles, del congresista Blanco, entrevista personal.

La versión de la enfermedad de 12 rehenes, de las declaraciones de la jefa de cocina de la Cruz Roja, Carmen Hansa, en declaraciones a América de Televisión, Lima, 27 de abril de 1997.

Capítulo 12

La versión sobre las declaraciones de Cipriani sobre el terrorismo y el desempleo, del diario La República, tomado por El País del 10 de abril de 1997.

La carta de monseñor Cipriani al hijo de Cerpa Cartolini, de La República, 2 de mayo de 1997.

La versión del mensaje de Cerpa a su esposa en la cárcel, del diario La República, 3 de abril de 1997, reproducida por el despacho de la agencia Reuter.

La versión sobre las declaraciones de Cipriani sobre el editorial del Expreso, de El País del 10 de abril de 1997.

La versión de que Palermo le dice “don Néstor” a Cerpa, del despacho de ANSA del 10 de febrero de 1997.

Capítulo 13

El relato de que Cipriani jugó fulbito con los extremistas, del relato de las declaraciones de Yoshihiko Sakai, uno de los rehenes, La República del 27 de abril de 1997.

El relato del diálogo entre Cerpa y Blanco sobre la tarjeta roja, de La República, 25 de abril de 1997. La versión de que Vincent también jugó fulbito, de sus propias declaraciones a un grupo de amigos, en Ottawa, Canadá, según el diario La República, 14 de mayo de 1997.

La versión de que Cerpa le dijo a Siura que estarían fuera para el día de la madre y la finalización de los túneles, de La República, 27 de abril de 1997.

La versión de que el gobierno le había anunciado a Cerpa que podría liberar a miembros del MRTA, de La República, 27 de abril de 1997.

La versión de que los últimos en entrar a la residencia fueron Minning y Vincent, de la prensa peruana, 23 de abril de 1997. La versión de que Cerpa preguntó por Cipriani se colige de la nota que le escribió a éste el mismo día del asalto militar.

El relato de que Vincent le dijo el último “hasta mañana” a Cerpa, de sus propias declaraciones, prensa peruana del 24 de abril de 1997.

Capítulo 14

La versión de que Montesinos tuvo la idea de hacer los túneles y que se la comunicó el 25 de diciembre a Fujimori, de Panamericana de Televisión, Lima, Perú, 27 de abril de 1997

La versión de que Fujimori aceptaría que el grupo del MRTA salga al exilio, de declaraciones del propio presidente en la entrevista de Jaime Bayly del 29 de abril, CBS-Telenoticias.

El relato de las características tecnológicas de la operación, del diario La República, 27 de abril de 1997.

La versión de que el satélite utilizado era el Landsat, del diario Expreso, del 23 de abril, recogiendo información del organismo denominado Terrorist Incident Working Group. El otro satélite que menciona Expreso que posiblemente envió los haces, es el HERS japonés.

La versión del pedido de colocar la marcha de la Marina por parte de Giampietri para comprobar el funcionamiento del micrófono, del diario El Comercio, 27 de abril de 1997

La carrera militar de Giampietri, la versión de que le hablaba a los floreros y de que informó de las rutinas del MRTA, de La República, 27 de abril de 1997

El relato de la despreocupación de Cerpa por los objetos introducidos a la residencia, del despacho de ANSA del 27 de abril

La versión sobre el ingreso de micrófonos, de la prensa peruana, 23-27 de abril de 1997

El relato del traslado de los trabajadores mineros desde Pasco a Lima, América de Televisión, Lima, Perú, 27 de abril de 1997.

El relato de las características de los túneles, del presidente Alberto Fujimori, en declaraciones a la prensa peruana el 23 de abril de 1997.

La versión de que dos mineros murieron, de despachos de Ap y EFE del 24 de abril de 1997.

La versión del no regreso de los mineros, Canal 2, 8 de mayo de 1997

El relato de que la séptima región policial de Lima no actuó en el caso, de declaraciones del ministro del interior de Perú, César Saucedo, prensa peruana de abril de 1997. El jefe de la séptima región, Tcnel. Luis Malázquez Durán, fue destituido del cargo y acusado por negligencia junto con otros 18 oficiales de Policía.

Capítulo 15

Las declaraciones de Cristoff, a la agencia española EFE, Montevideo, 23 de abril de 1997.

La última carta de Cerpa a Cipriani fue publicada por el diario El Mundo de Madrid, el 14 de mayo de 1997, reproducida por un despacho de la agencia Reuter.

La versión de que se usó el explosivo ciclotina, y la cantidad de éste, de Panamericana de Televisión, Lima, Perú, 27 de abril de 1997.

El relato de que el guerrillero ingresó y apuntó a Muñante pero que no disparó ni activó sus granadas, declaraciones del propio Muñante a la prensa peruana, 22 de abril de 1997.

La versión de las heridas de Valer, del diario El Comercio, 27 de abril de 1997.

El dato sobre el ingreso “zigzagueante” de los comandos, y las explosiones posteriores, de El Comercio del 27 de abril de 1997.

Todo el párrafo que relata la apertura que hizo Pando de la puerta hacia la terraza fue tomado textualmente del diario El Comercio, 27 de abril de 1997, del artículo firmado por Claudia Vivanco.

Varias versiones señalan que por lo menos cuatro emergetistas fueron ejecutados tras ser capturados vivos. Los diarios Asahi Shimbún (Japón) y El Clarín (Argentina) aseguran, según versiones de testigos, que las dos muchachas fueron ejecutadas una vez habían tirado sus armas y levantado las manos. Otra versión señala que Tito fue capturado vivo y luego, con las manos atadas en la espalda, ajusticiado. Un cuarto emergetista, aparentemente Coné, habría muerto cuando se rindió después de salir del pabellón donde se encontraban los magistrados de la Corte Suprema.

La versión del lugar de los entierros, de La República del 27 de abril.

Las características del cementerio en el que está encerrado Cerpa, de despacho de Reuter del 25 de abril de 1997 y las palabras del sacerdote, más la lista de los pariente presentes, del diario Expreso del 25 de abril de 1997.

La lista de parientes de Rojas en su entierro, del diario Ojo del 25 de abril de 1997.

El nombre del sucesor de Cerpa, de la prensa peruana, 23-25 de abril de 1997.

La carta del hijo de Cerpa a Fujimori, del diario La República, abril de 1997.

Lista de los 72 rehenes que se mantuvieron hasta el 22 de abril de 1997

Ministros

1. Francisco Tudela, ministro de Relaciones Exteriores
2. Rodolfo Muñante, ministro de Agricultura

Embajadores

3. Morihisa Aoki, embajador de Japón en Perú
4. Jorge Gumucio, embajador de Bolivia en Perú

Congresistas

5. Samuel Matsuda, presidente de la Comisión de Descentralización y Gobiernos Locales
6. Eduardo Pando, presidente de la Comisión de Minería
7. Carlos Blanco, presidente de la Comisión de Presupuesto
8. Luis Chang, presidente de la Comisión de Economía
9. Gilberto Siura, presidente de la Comisión de Defensa y Orden Interno

Magistrados

10. Moisés Pantoja, presidente de la Corte Suprema de Justicia
11. Hugo Sivina, miembro de la Corte Suprema
12. Alipio Montes de Oca, miembro de la Corte Suprema
13. Mario Urrelo, miembro de la Corte Suprema
14. Carlos Giusti, miembro de la Corte Suprema
15. Luis Serpa, miembro de la Corte Suprema

Funcionarios de Estado

16. Ricardo Kamiya, secretario general de la Presidencia de la República
17. Carlos Tsuboyana, viceministro de la Presidencia
18. Juan Mendoza, viceministro de Minas
19. Felipe Ramírez, funcionario del Ministerio de la Presidencia
20. Salvador Romero, secretario del Ministerio de Energía y Minas

Policías y Militares

21. Vicealmirante Luis Giampietri, presidente del Instituto del Mar Peruano (IMARPE)
22. General Máximo García, jefe de la Dirección Nacional contra el Terrorismo (DINCOTE)
23. General Alfonso Villanueva, jefe de la Dirección de Inteligencia de la Policía
24. Guillermo Bobio, jefe de la Seguridad del Estado
25. Capitán de Fragata Alberto Heredia
26. Teniente coronel de Ejército Roberto Fernández
27. General de Ejército Arturo López Pardo
28. Coronel de la Fuerza Aérea Julio Rivera
29. Coronel de la Fuerza Aérea Orlando Denegri
30. General de la Policía Nacional Carlos Domínguez
31. General de la Policía Nacional Hugo Darío Vega
32. General Julio Pinto, secretario de la Dirección Superior de la Policía

33. General Hugo Vera, director de Economía de la Policía
34. Coronel de la Policía Alberto Castillo
35. Coronel de la Policía Jorge Villacorta
36. Coronel de la Policía Jaime Valencia, jefe de la División de Secuestros
37. Coronel de la Policía, Marco Miyashiro, ex jefe de la Dirección de Inteligencia de la DINCOTE
38. Coronel de la Policía Rómulo Zevallos
39. Coronel de la Policía Jorge Negrete
40. Coronel de la Policía Rowel Rivas
41. Teniente Coronel de la Policía Gerardo Haro
42. Mayor de la Policía Oscar Pajares

Personalidades

43. Pedro Fujimori, hermano del Presidente de la República
44. Pedro Haritomi, conuñado del Presidente de la República
45. Juan Julio Witch, sacerdote jesuita y profesor de economía de la Universidad del Pacífico
46. Miguel Takahasi, asesor de la empresa PesaPerú
47. José Ishiki, contable de la empresa COGRONO
48. Juan Gibu
49. Tokeshi Gusukuda, investigador del CPD
50. Pedro Hinomoto
51. Francisco Salinas
52. Alfonso Yamakawa
53. Jaime Bisso
54. Mauricio Molina

Empresarios japoneses

55. Shiguero Taki
56. Kosabe Shoji
57. Masao Nakashi
58. Jorge Hasawara, ejecutivo de Ají-no-moto
59. Kazumi Ono
60. Simichi Takeda
61. Shigueru Yamakasi
62. Fumio Sunami, primer secretario
63. Hajime Nakae, primer secretario
64. Shinji Yakamoto, agregado cultural
65. Ghiroyuki Kimoto, ministro consejero
66. Hirio Nakamura, segundo secretario
67. Nasahiro Nakai, primer secretario
68. Hiroto Morozumi, segundo secretario
69. Hirofumi Sueyoshi, empleado
70. Hidekata Ogura, primer secretario
71. Katsumi Itagaki, segundo secretario
72. Tsutoumu Takai, cónsul general